

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

**DEL MOMENTO DE LA HISTORIA SOCIAL AL TRABAJO DE
LA REPRESENTACIÓN CULTURAL***

Geoff Eley y Ronald Grigor Suny

**Módulo: Aproximaciones teóricas: Nación
Sesión 5, Lectura Nº 3**

Lima, Julio del 2002

* En: Geoff Eley y Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming National*. New York, Oxford University Press, 1996. Introducción, pp. 3-38. Traducción: Warren Stowe.

DEL MOMENTO DE LA HISTORIA SOCIAL AL TRABAJO DE LA REPRESENTACIÓN CULTURAL¹

Geoff Eley y Ronald Grigor Suny

Con el derrumbe de la Unión Soviética y el fin del comunismo en Europa, un nuevo espectro está rondando el planeta. Como Partha Chatterjee ha escrito,

Ahora, se percibe al nacionalismo como una fuerza oscura, elemental y no predecible de una naturaleza primordial, que amenaza la tranquilidad ordenada de la vida civilizada. Lo que una vez estuvo proscrito a las periferias más lejanas de la tierra, ahora, de nuevo, está ganando terreno en Europa en las provincias de los imperios habsburgo, zarista y otomano, desde hace ya un buen tiempo olvidadas. Como la droga, el terrorismo y la inmigración ilegal, es un producto más del Tercer Mundo que el Occidente no acepta pero que no puede impedir.²

Tomando el siglo en su conjunto, el nacionalismo ha venido en olas, chocándose con las ruinas de los imperios. Cuando los grandes Estados multinacionales del Siglo XIX se cayeron después de 1917, transformando los paisajes de Europa del Este, Asia Central y el Oriente Próximo, no sólo se fundaron nuevos Estados-Naciones sobre sus escombros, sino que el nacionalismo en sí mismo se convirtió en objeto de investigación académica en los años inter-guerras, conducido bajo una nueva norma de validación: la auto-determinación de los pueblos. Pero este balance del nacionalismo durante la primera década pos-guerra, por lo general positivo, desapareció rápidamente frente al ascenso del fascismo, con su política expansionista, su marcado exceso, su chauvinismo y su privilegio de raza.

Algo semejante a la euforia de la auto-determinación nacional en 1917-18 acompañó entonces el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando los pueblos de Europa se quitaron de encima la ocupación nazi, mientras otra ola de interés en el nacionalismo y la formación de nación surgió por la lenta caída de los grandes imperios ultramarinos de Europa en las décadas posteriores a 1945. No obstante, el apoyo tradicional del liberalismo por la auto-determinación nacional ya había tambaleado. La extensión perversa del nacionalismo en formas racializadas del

¹ Este ensayo se basa en el intercambio de ideas y textos entre los dos autores, quienes canibalizaron su trabajo mutuamente para llegar (se espera) a una presentación coherente de sus pensamientos sobre nacionalismo. Agradecen a los autores de esta colección, otros autores sin nombrar que han escrito sobre el nacionalismo, y sus colegas y amigos en sus respectivas universidades por sus conversaciones y críticas que ayudaron a ampliar su entendimiento.

² Partha Chatterjee, *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1993), p. 4.

discurso político y cultural, y su traducción en acciones violentas, inclusive al anti-semitismo rampante y a las ambiciones genocidas de los nazi, dejaron una profunda sospecha en las creencias nacionalistas.

Desde luego, una lectura mucho más oscura de las implicaciones nacionalistas se relacionó con el temor en el Primer Mundo de las consecuencias de la alianza del nacionalismo con la izquierda anti-colonialista. Aliado con el poder norteamericano en los años de la Guerra Fría, el ataque al nacionalismo y su legitimidad - un componente del pensamiento conservador europeo mucho antes de Lord Acton - fácilmente tomó nuevo vigor. Aún así, la mayor ambivalencia y sospecha hacia el nacionalismo llegó a su cima con la caída de la Unión Soviética, lo que dió vida a la tercera de nuestras olas de actividades nacionalistas, tanto dentro del ex-estado soviético como en Europa del Este. Este nuevo resurgimiento deja al mundo pos-comunista espantosamente vulnerable, confrontado por nuevas y aparentemente incomprensibles amenazas.

La distancia entre los puntos de vista populares y periodísticos sobre el conflicto étnico y el nacionalismo, y los pensamientos académicos más recientes sobre las naciones y las nacionalidades ha crecido en los últimos años, puesto que los teóricos y los investigadores han transformado radicalmente nuestra visión de estas categorías fundacionales de la organización humana. Hace décadas, cuando entramos en las escuelas de pos-grado, los pensamientos idealistas y “orgánicos” sobre las naciones, derivándose de un largo linaje desde Johann Gottfried von Herder, Johann Gottlieb Fichte y los primeros iniciadores del discurso de la nación, aún estaban vigentes en los trabajos de Hans Kohn y Carleton Hayes.

La nación fue vista como algo natural y objetivo, aún si se necesitaba el trabajo duro de los intelectuales para que convencieran a la gente que así era. El mundo estaba dividido inevitable y fatalmente entre naciones, basado en la diversidad cultural y lingüística, y la auto-realización fue concebida como una meta legítima y positiva de las luchas políticas, inclusive de las guerras. Los espíritus y escencias nacionalistas, el deseo incontenible de la “libertad”, fueron las fuentes irreducibles que al final requerirían el auto-gobierno nacional, fuera esto expresado en forma de la autonomía nacional, la independencia o el Estado-Nación.

Carleton Hayes, el pionero del trabajo académico serio sobre el tema, trató al nacionalismo en gran parte como una tradición intelectual cuyos orígenes tenían que ser descubiertos en los escritos de importantes intelectuales del pasado.³ Durante muchos años, la antorcha de la historia intelectual real cayó sobre Hans Kohn, cuyos escritos fueron seguidos en todo el continente europeo.⁴ Kohn elaboró la idea que la historia del nacionalismo representaba una degeneración

³ C.J.H. Hayes, *Essays on Nationalism* (New York: Macmillan, 1966); idem, *The Historical Evolution of Modern Nationalism* (New York: 1968).

⁴ Hans Kohn, *Nationalism, Its Meaning and History* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1955); idem, *The Idea of Nationalism* (New York: Macmillan, 1967).

progresiva de la racionalidad hacia una cierta forma de locura, mejor ejemplificada por el Socialismo Nacionalista. El nacionalismo había consumido su legitimidad en la violencia, la guerra y el autoritarismo mesiánico – un punto de vista tanto eurocéntrico en el extremo, como fuertemente enfocado en la experiencia especial de Alemania e Italia.

Kohn hizo la distinción entre una concepción política o voluntarista del nacionalismo y la irracional u orgánica. La primera tiene sus orígenes en la gran experiencia constructiva de la Revolución Francesa y está vinculada a las nociones de ciudadanía y soberanía popular, donde la nación significa una categoría política de individuos libremente asociados. La versión orgánica, por otro lado, niega el fundamento contractual implicado, y en su lugar insiste en el carácter historicista de la identidad nacional. Se origina con Herder y los románticos alemanes y normalmente está asociada con una reacción intelectual y política a la Revolución Francesa. Por ese motivo, se la considera como antagónica a las ideas de la democracia liberal - por lo general derivadas de la primera concepción – la cual marcó una brecha profunda entre el pensamiento político alemán y el occidental. Como fue resumido por Anthony D. Smith, en el concepto orgánico de la nación:

El individuo no tiene ninguna significancia aparte de la comunidad de nacimiento. La individualidad está predeterminada por el grupo. El individuo puede realizarse sólo por medio de él. Tiene una historia de vida, se auto-regenera y es auto-suficiente, una entidad inconsútil y mítica, que se puede descubrir a través de características objetivas – de la historia, la religión, la lengua y los costumbres. Las naciones son conjuntos “naturales”, constituyen las realidades históricas exclusivas. Por lo tanto, se puede distinguir el individuo primordialmente en términos de su nacionalidad, y sólo de manera secundaria por sus características sociales y personales. Salirse de la comunidad es arriesgar la pérdida de la individualidad del hombre.⁵

Esta oposición binaria entre una concepción política y orgánica de la nación – la cual en el caso de Kohn forma la base de una distinción simplista entre las formas “occidentales” y “orientales” del nacionalismo – también está representada en gran parte de la literatura como un contraste político entre la izquierda y la derecha la cual está concebida como un proceso en desarrollo, a tal punto que durante el Siglo XIX y principios del Siglo XX, el nacionalismo gradualmente pierde sus atributos “progresivos” o democráticos y adquiere un significado generalmente derechista. En el clima intelectual durante las dos décadas de pos-guerra, con su énfasis en comunidades políticas mayores, las afiliaciones nacionalistas auto-confesadas se convierten en algo deshonorado y arcaico, un síntoma del retraso regional que eventualmente habría que superar.

⁵ Anthony D. Smith, *Theories of Nationalism* (London: Duckworth, 1971, 1983), p. 198.

Se puede comentar sobre varios aspectos de este síndrome. Primero, la degeneración política de la ideología nacionalista (la transformación de izquierda a derecha) está concebida tanto espacial como un movimiento temporal; mientras el nacionalismo se mueve más hacia el Este durante el Siglo XIX, abarcando a Alemania y los territorios de la monarquía de Habsburgo, los elementos irracionalistas y organicistas logran imponerse, en tanto que en el Occidente los movimientos específicamente nacionalistas (aquellos que movilizan exclusivamente o primordialmente por uno u otro aspecto de la idea nacional) invariablemente caen víctimas de la misma tendencia.

Pero, segundo, esta homología del movimiento ideológico, geográfico y cronológico sólo tiene sentido en términos de una explicación básicamente idealista, en donde el nacionalismo está visto como un flujo global de ideas, como una fundación intelectual común (la experiencia orginiaria de la Época Ilustrada y la Revolución Francesa) y varios tributarios importantes (por ejemplo, el resurgimiento del proteccionismo durante el Siglo XIX o la emergencia del nacionalismo “integral” al principio del Siglo XX). En términos generales, esta fue la aproximación de Hayes y su descendencia académica. En principio, está poco conducido a un análisis contextual y en la práctica raras veces ha producido una historia social de ideas nacionalistas.

No obstante, tercero, no se ha podido evitar que sus exponentes arriesguen generalizaciones bastante fuertes sobre el fundamento social de la atracción nacionalista. De esa manera, se pensó que la degeneración coincide con la entrada de las masas en la política, en situaciones en donde los mecanismos para su integración (es decir, la democracia parlamentaria o la cultura política “desarrollada”) fueron formados de manera inadecuada. Este ha sido un análisis común del nazismo, facismo y otros movimientos de la extrema derecha, que converge claramente con importantes áreas de discusión en la sociología política y desarrollista. En la historia intelectual, el texto sintomático era *The Origins of Totalitarian Democracy* (1951) de J.L. Talmon.

Inspirado en el anti-nacionalismo conservador de Lord Acton, el libro de Elie Kedourie, *Nationalism*, el cual apareció en 1960, dió el primer paso al proceso de la deconstrucción del nacionalismo. El “Nacionalismo”, proclamó desde el principio,

Es una doctrina inventada en Europa al principio del Siglo XIX. Pretende suministrar los criterios para la determinación de una unidad de población propia que disfrute de un gobierno exclusivamente suyo, para el ejercicio legítimo de poder en el Estado, y para la organización correcta de una sociedad de Estados. En resumen, la doctrina considera que la humanidad está dividida naturalmente entre naciones, que las naciones están reconocidas por ciertas características que pueden ser determinadas, y que

el único estilo legítimo de gobierno es aquel que sea el auto-gobierno nacional.⁶

Pero las intervenciones más importantes que nos mueven de la noción primordialista y esencialista de la nación hacia la aproximación dominante en la actualidad de la nación como algo construido o inventado (nótese el movimiento del nacionalismo hacia la nación), fueron aquellas de los teóricos modernistas como Ernest Gellner en el famoso capítulo 7 de *Thought and Change* (1964), y teóricos de la comunicación, como Karl Deutsch, en su trabajo compilado de ciencias sociales, *Nationalism and Social Communication* (1953). Ambos vincularon la emergencia del nacionalismo y, por ende, la nación, a la “Gran Transformación” de tiempos modernos – el ascenso de lo moderno, o lo que los marxistas llamaron la transición del feudalismo al capitalismo.

En su prosa típicamente iconoclasta, Gellner negó cualquier idea de que la nacionalidad o el nacionalismo fuera algo natural o primordial, e indicó que durante gran parte de la historia, las tribus, los pueblos, las ciudades-estados, los poblados feudales, los imperios dinásticos y “las comunidades moralmente sueltas de una religión compartida” fueron unidades políticas mucho menos rígidas que los Estados-Naciones.

En las sociedades modernas, la necesidad de la comunicación compleja elevó la importancia de la “cultura” - la manera en que la gente se comunica en los términos más generales. La cultura reemplazó la estructura en las sociedades modernas, y las identidades se derivaron más de la cultura que del lugar de un individuo dentro de una cierta estructura, relativamente estable. La ciudadanía, es decir “la pertenencia moral dentro de una comunidad moderna”, requería alfabetismo, lo cual tenía que estar producido por un sistema escolar nacional en un idioma escogido. El nacionalismo, por lo tanto, fue una necesidad sociológica dentro de la sociedad moderna, lo cual creó comunidades de habla circunscritas, capaces de sostener un sistema educativo. Se convirtió en la forma “natural” de lealtad política dentro de una sociedad en donde “cada hombre es un erudito”, con el conocimiento del idioma nacional común.

Los marxistas, también, pese a toda su condescendencia hacia el nacionalismo y el reduccionismo de lo nacional a lo material, irónicamente lograron avances importantes en la reconceptualización del nacionalismo, sea en las páginas de la *New Left Review* o los trabajos pioneros de Eric Hobsbawm y Miroslav Hroch. En muchas formas, como tantos otros problemas de la política y las ciencias sociales, la discusión sobre el nacionalismo había sido un tema de diálogo con, dentro o en contra de la tradición marxista. Los marxistas ayudaron a materializar e historizar la narrativa del nacionalismo, y “la invención de tradición” de Hobsbawm y Terence Ranger, y la evocación de Benedict Anderson de “comunidades imaginadas”, ubicaron la discusión más allá de las determinaciones

⁶ Elie Kedourie, *Nationalism* (London: Hutchinson, 1960), p. 1.

materiales y estructuralistas hacia el terreno del discurso y la generación del significado.

Durante las últimas tres décadas, la explosión de estudios empíricos de movimientos nacionales particulares han confirmado el carácter artificial o fabricado de las nacionalidades de los Siglos XIX y XX. La emergencia de las naciones no fue un desarrollo natural o lógico de una serie de características objetivas y fácilmente observables, de manera empírica, de las poblaciones humanas, como un territorio común, el idioma o la religión. Un movimiento nacionalista viable o exitoso conllevó una relación mucho más arbitraria y menos predecible con los patrones existentes de organización social que un supuesto conocido podría sugerir.

Esto no quiere decir que un territorio común, un idioma o una cultura no sirvieron como base para una identidad o conciencia compartida, pero para que la conciencia se convirtiera en nacionalista en un sentido real (y no, por ejemplo, regionalista, etnicista, religioso o populista-campesino) algo más tuvo que pasar en forma de una intervención política. En otras palabras, se requiere una acción política creativa para poder transformar una población segmentada y desunida en una nacionalidad coherente, y aunque comunidades políticas de este estilo claramente pueden preceder tales intervenciones (porque raras veces son intervenciones hacia un abismo), las intervenciones siguen siendo responsables de combinar los materiales en una colectividad más amplia.

Uno de los mejores ejemplos de esta creatividad, porque suministró el fundamento “objetivo” más común para la existencia de una nación, ha sido la adaptación de idiomas nacionales, la cual representaba un ejercicio mucho más allá de simplemente escogerlos como la expresión natural del uso mayoritario. En uno de los casos más conocidos, se ha calculó que en 1861, sólo 2.5 por ciento de la población total italiana podía hablar italiano, mientras los demás residían en “un bosque de dialecto”⁷ Se ha argumentado mucho de lo mismo para Francia en el trabajo magistral de Eugen Weber.⁸ En la mayoría de los nuevos Estados, la cuestión del idioma oficial se convirtió en un objeto de mucha controversia, mientras durante el período del “despertar nacional”, se puso mucho énfasis en la selección, definición y purificación de un lenguaje literario adecuado.

⁷ T. de Mauro, *Storia linguistica dell' Italia* (Bari, Italy, 1972), p.43.

⁸ Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France 1870-1914* (Stanford, Calif: Stanford University Press, 1976). Weber enfatiza la agencia del Estado en la creación de una identidad y un idioma comunes, mientras Peter Sahlins se enfoca en temas locales y conflictos. Véase su “The Nation in the Village: State-Building and Communal Struggles in the Catalan Borderland during the Eighteenth and Nineteenth Centuries,” *Journal of Modern History*, 60,2 (1988), p. 243-63; idem, *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees* (Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1989); y Herman Lebovics, *True France: The Wars over Cultural Identity 1900-45* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1992).

En Grecia, la discusión se dió en torno a Koine, una extensión del Nuevo Testamento Griego, básicamente preservado por la Iglesia Ortodoxa, y Katharevousa, una versión purificada del demótico, con ataques adicionales por parte de los defensores de la grecia antigua. Entre los armenios, se dió una guerra cultural entre los “iluministas” y los “obscurantistas” sobre la sustitución de uno u otro dialecto (armenio estambulense en el Imperio Otomano, el dialecto Erevan en ruso), como lenguajes literarios estándar en lugar del armenio clásico (grabar) del Siglo V, favorecido por la iglesia. Se pueden multiplicar los ejemplos de este tipo de conflictos. Típicamente, el resultado fue un compromiso, “un idioma [altamente] artificial que descarta siglos de evolución lingüística a favor de ‘arcaísmos falsos’ y ‘formas hiper-correctas’”.⁹

El idioma es menos un determinante previo de la nacionalidad que parte de un proceso complejo de innovación cultural, involucrando un duro trabajo ideológico, propaganda elaborada con cuidado y una imaginación creativa. Los diccionarios y los abecedarios elementales están entre los artefactos culturales más importantes de una tradición nacional. Se puede decir lo mismo de muchos otros aspectos de la cultura nacional, inclusive la literatura, la poesía, el teatro, la música, la opera y la pintura, las fiestas populares; el traje nacional; las instituciones de conocimiento como academias o sociedades literarias; o la invención de nuevos rituales e insignias, como banderas, himnos y la conmemoración de eventos históricos.

Un caso especial de esta actividad es el intento casi universal de recolectar y adaptar a nuevos propósitos las prácticas consuetudinarias de la gente común y corriente, como las canciones y bailes folclóricos, o los cuentos. Pero lo más fundamental es que pongamos atención al intento de fabricar y manipular una aproximación particular del pasado, invariablemente como un mito de orígenes que busca establecer y legitimar la reivindicación de la autonomía cultural y, eventualmente, la independencia política. Esto fue particularmente importante en la revuelta geográfica étnica de Europa del Este y la Transcaucasia, en donde las respectivas nacionalidades movilizaron versiones rivales del pasado, con énfasis especial en los patrones y secuencias del establecimiento de asentamientos humanos.

Así, si la política es el terreno sobre lo cual la categoría de la nación fue propuesta primero, entonces la cultura era el lugar donde fue elaborada, y en este sentido se puede concebir a la nacionalidad mejor como un proceso complejo, desigual e impredecible, forjada desde la interacción de la unión cultural y la intervención política específica, lo que no se puede reducir a criterios estáticos de idioma, territorio, etnicidad o cultura. La temprana formulación de Deutsch es difícil superar:

⁹ Gerasimos Augustinos, *Consciousness and History: Nationalist Critics of Greek Society 1897-1914* (New York: Colombia University Press), p. 16 f.

Lo que cuenta no es la presencia o ausencia de un solo factor, sino simplemente la presencia de suficientes facilidades de comunicación con cierto nivel de complementariedad para producir el resultado global. Los suizos pueden hablar cuatro idiomas distintos y aún comportarse como un pueblo, pues cada uno de ellos tiene suficientes costumbres aprendidas, preferencias, símbolos, memorias, patrones de tendencia de la tierra y estratificación social, todos los cuales permiten al individuo comunicarse más efectivamente con otros suizos que con otros hablantes de su lengua quienes pertenecen a otros pueblos.”¹⁰

Esta necesidad de constituir las naciones de manera discursiva, por medio de procesos del trabajo ideológico imaginativo – es decir, la novedad de la cultura nacional, su carácter fabricado o inventado, como opuesto a sus fuertes raíces históricas – probablemente significa el punto más importante que haya emergido de la literatura más reciente. Además, en principio existen pocas diferencias en este sentido entre las naciones “históricas” (las cuales disfrutaron o de la realidad o de la memoria de una nación autónoma entre los Siglos XV y XVIII, como Inglaterra, Francia o Hungría), y los así llamados pueblos sin historia (los cuales no disfrutaron de ello).

En un nivel, el proceso estructural de la formación de Estado claramente facilitó un sentido más fuerte de pertenencia a un grupo o el “patriotismo” en el caso de los primeros, particularmente en Inglaterra, Francia o los Países Bajos. En este caso, podríamos decir que las condiciones de nacionalidad emergieron en aquellos procesos del desarrollo institucional que permiten un sentido de lealtades compartidas en formación – es decir, la construcción de instituciones “nacionales” como las conocemos hoy en día, aunque sean aparatos centralizados del gobierno (normalmente en el estilo parlamentario), un “público nacional” (la prensa, un público lector, un dominio cultural de teatro y espectáculos públicos, etc.), o un sistema más completo de comunicaciones y transporte.

La instancia más efectiva de un proceso institucional así probablemente es el desarrollo de agencias educativas centralizadas. Faltando estas ventajas de independencia política y un crecimiento institucional previo, las nacionalidades menores del centro y del este de Europa y Transcuacasia fueron más obviamente una invención de intelectuales astutos – de intelectuales, además, quienes desearon imitar las historias que habían observado en el Occidente, especialmente en Francia. Pero en cualquiera de los casos, el crecimiento de la conciencia nacional presume una experiencia de unificación cultural organizada por una ideología coherente de nación. Sin duda, la versión más fuerte del último, en donde la “nación” resulta definida como una categoría política de ciudadanos, toma su legitimidad y resonancia emocional de la Revolución Francesa, aunque vale argumentar que la experiencia combinada de la revolución política y el

¹⁰ Karl Deutsch, *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality* (Cambridge, Mass: MIT Press, 1966), p. 97.

protestantismo militante en la Inglaterra de finales del Siglo XVI y del Siglo XVII tenía un efecto similar, aunque más focalizado.

Pero una conciencia nacional más desarrollada – una en donde las identificaciones nacionales están, por lo general, bastante fuertes como para superar lealtades regionales, religiosas y aún de clase en la mayoría de la población, por lo menos en ciertos tipos de situaciones – tiende a requerir una propaganda sistemática o una educación política, normalmente por medio de un Estado centralizante y sus agentes. Como nos han recordado Weber y Theodore Zeldin, en Francia este proceso solo ocurrió durante las primeras décadas de la Tercera República, es decir, mucho después de la formación del Estado francés y aún mucho después de la proclamación de la nacionalidad francesa.¹¹ En Alemania, empezó con la unificación, pero se intensificó durante la década de 1890. De igual manera, se puede argumentar que en Inglaterra la nacionalización de la cultura apenas comenzó con la experiencia de la Primera Guerra Mundial, aunque la podemos detectar más sutilmente desde las guerras revolucionarias y napoleónicas en adelante.¹²

En efecto, esto conlleva a una distinción triple en la periodización global del nacionalismo: entre los procesos estructurales de la formación del Estado (muchas veces calificados por científicos sociales como “la construcción de una nación”), ubicados básicamente en los países del norte y oeste de Europa entre el Siglo XV hasta finales del Siglo XVIII; la emergencia del nacionalismo como una ideología específica y una innovación cultural, particularmente entre pueblos que aspiran a un cierto grado de independencia política; y finalmente los procesos de unificación cultural, extendiéndose sobre varias generaciones y en gran parte debido a la penetración más profunda de un gobierno centralizado (clásicamente en las tres áreas de escolarización, la construcción de ferrovías y el reclutamiento forzoso). Sobre esta base, el nacionalismo se convierte en una clara instancia de contingencia histórica, vinculada a la intervención política, nuevas ideologías y cambios culturales y, expresa una transformación de la identidad social, inicialmente por parte de los individuos, pero eventualmente para poblaciones enteras.

Pero ¿será que el énfasis en la subjetividad y la conciencia niega cualquier base “objetiva” para la existencia de nacionalidad? Claramente, una aproximación tan radicalmente subjetivista sería absurda. La mayoría de nacionalismos exitosos presumen que previamente existe alguna comunidad de territorio, idioma o cultura, que suministran los materiales brutos para el proyecto intelectual de nacionalidad. Sin embargo, no se debe “naturalizar” estas comunidades anteriores, como si

¹¹ Weber, *Peasants into Frenchmen*; Theodore Zeldin, *France 1848-1945. II: Intellect, Taste and Anxiety* (Oxford: Oxford University Press, 1977), p. 3-85.

¹² La nacionalización de la cultura debe distinguirse de la creación de una identidad nacional. El forjar la identidad nacional británica en el Siglo XVIII y a principio del Siglo XIX, véase Linda Colley, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837* (New Haven, Conn: Yale University Press, 1992).

hubiesen existido en alguna manera esencial, o que hayan prefigurado la historia futura. Las comunidades religiosas, lingüísticas, étnicas y regionales en sí mismas ya están en el proceso de formación y cambio históricos. Lo que desde afuera y de lejos se ve como un grupo unido, aparece mucho más dividido y con mayores disputas desde cerca. La cultura muchas veces no es lo que la gente comparte, sino lo que deciden pelear.

Aún cuando los términos nación y nacionalidad han sido destabilizados, la palabra etnicidad en cambio se ha mantenido en gran parte firme. Las profundas continuidades étnicas, sin embargo, también pueden ser descubiertas como creaciones históricas contingentes o reivindicativas. Aunque poseedoras de una larga historia, las prácticas típicas raras veces son infinitas o inmunes a modificaciones y cambios simbólicos¹³. La nacionalidad, tantas veces yuxtapuesta a la etnicidad, no es en sí misma libre de ambigüedad. Por ejemplo, ahora está generalmente aceptado que los movimientos nacionales sólo pueden satisfacerse por lo que ha llegado a ser la solución extrema pero estándar de un Estado independiente, secular, territorial y lingüísticamente homogéneo para cada pueblo o nacionalidad. Sin embargo, esto provocaría violencia para las expectativas y conductas de muchos de los movimientos nacionalistas, con certeza durante el Siglo XIX.

Es perfectamente posible satisfacer los agravios nacionalistas dentro de una variedad de formas estatales o arreglos políticos, de los cuales los federales o aquellos que permiten cuidadosamente las autonomías culturales son los más conocidos. De hecho, fue probablemente la Primera Guerra Mundial y el triunfo de los principios wisonianos en 1917-19 los que lograron que la primera exigencia sea de soberanía política total, aún de la minoría nacional más pequeña, cualquiera que sea el realismo o la viabilidad. Hasta ese entonces, el principio de la nacionalidad podría ser articulado de igual manera por medio de un llamado a la autonomía cultural, con énfasis especial en asuntos de idioma, instituciones educativas y la libertad religiosa.

Aunque las comunidades étnicas pre-modernas (lo que Anthony J. Smith denomina “etnidades”) y las nacionalidades pueden ser distinguidas de varias maneras – tamaño, vinculación al territorio, identidad secular versus religiosa, límites “duros” versus “suaves” – la diferencia fundamental no es alguna

¹³ En este contexto, véase la excelente discusión de Lonsdale sobre “tribalismo” en el oeste de Kenya, donde la realidad social de la existencia en desarrollo de Gussii como tribu está ubicada dentro de los procesos históricos específicos de su redefinición cultural, en donde el pueblo involucrado parece haber “homogenizado sus propias tradiciones” y logrado “un renovación de sus mitos por medio del tiempo”. En todos los eventos, “el ser Gussii”, la calidad de pertenencia cultural a la “tribu” Guissii, no fue una realidad sin tiempos, enraizada orgánicamente en la esencia étnica, sino una consecuencia específica del cambio social en los procesos de inmigración, población y cooperación cultural. Ese es un buen ejemplo de cómo los historiadores de las naciones europeas podrían aprender algo de sus colegas africanos. John M. Lonsdale, “When did the Gussii (or any other group) become a ‘tribe’?” *Kenya Historical Review*, 5, 1 (1977), p. 123-33.

característica interna objetiva del grupo, sino el universo discursivo en donde opera y se realiza. Una nacionalidad moderna, con todas sus calidades conocidas y reivindicaciones políticas – soberanía popular, etnicidad como base de una independencia política y el reclamo de un pedazo particular de un territorio – sólo es posible dentro del discurso moderno (más o menos pos- Revolución Norteamericana) del nacionalismo. Sea lo que sea, lo que los griegos en el período clásico o los armenios en el Siglo V eran, no podían ser las naciones en el mismo sentido que llegarán a ser en la Época de la Revolución. Los discursos de la política en tiempos anteriores tienen que ser entendidos y respetados en su particularidad y no sometidos a comprensiones aún en formación.

De muchas formas, la reconceptualización en las últimas décadas sobre el ascenso del nacionalismo ha sido paralela a los desarrollos en el pensamiento sobre otras categorías sociales, sobre todo respecto a clase y género. Desde el trabajo extraordinario de Edward Thompson sobre la clase obrera inglesa, ha habido un avance sobre la aproximación inmanentista del interés y la conciencia que emergen misteriosamente de lo material, y un acercamiento más serio con la etnografía específica de clases y las maneras en que la experiencia, siempre en sí misma marcada y comprendida discursivamente, crea identidades de “interés”, texturas de identificación y arquitecturas de comunidad.

La conciencia de clase, tanto como la conciencia nacional, para utilizar una de las famosas formulaciones de Thompson, es la manera en que se maneja las experiencias en términos culturales, encarnada en tradiciones, sistemas de valor, ideas y formas institucionales. Aún más revolucionario en sus efectos sobre el pensamiento histórico, la teoría feminista ha enfrentado la categoría más naturalizada, género, y ha desestabilizado nuestra comprensión sobre los roles “naturales” y capacidades de los hombres y las mujeres. La multiplicidad, fluidez, contextualidad y calidades de identidades de los estudios sobre género han subrayado y han minado cualquier noción de una sola identidad primaria que abarca todo, a la cual todas las demás tienen que estar subordinadas siempre y a cualquier costo.

Al igual que las proto-nacionalidades se formaron y reprodujeron constantemente en los tiempos pre-modernos, así las formaciones sociales horizontales (estrato, propiedad, clases), relacionadas a patrones de producción particulares y a las estructuras legales, fueron generadas de manera parecida. Mantuvieron un grado de estabilidad demográfico y crearon sus propias instituciones y organizaciones en el contexto de los discursos históricos que les dieron sentido, razón y fin. Sin embargo, de nuevo, la larga revolución del capitalismo y la formación concomitante de los Estados burocráticos suministraron el contexto principal para dos articulaciones opuestas de sociedad e historia, una basada en afiliaciones horizontales (clase) y la otra en afiliaciones verticales (nacionalidad). Mientras los intelectuales nacionalistas homogenizaron las diferencias dentro de sus poblaciones étnicas y marcaron líneas verticales de distinción entre ellos y “los demás”, un discurso contestatario basado en nuevas

diferenciaciones sociales y tradiciones más viejas, desafiaron las lealtades verticales y enfatizaron las solidaridades horizontales de clase.

Cualquiera que sea el grado de cohesión y conciencia de clases y pueblos ante sus movilizaciones de masas, representan puntos auténticos de desarrollo. En lugar de verlos como inmaduros, adolescentes o primitivos, debemos apreciar toda su constelación de iniciativas, influencias y respuestas. Una formación etno-religiosa (como los judíos de la antigüedad o los armenios medievales) todavía no era (ni podía ser) una nacionalidad moderna con su sentido de auto-conciencia del valor de las tradiciones étnicas y culturales (como opuesto a las religiosas), y con las consecuentes reivindicaciones políticas al territorio, la autonomía, o la independencia que surgen de un discurso más moderno, autorizando las exigencias desde la nacionalidad hasta la auto-determinación. Pero las anteriores historias de clases y naciones no deben ser leídas como simples pre-historias, sino como desarrollos históricos variados cuyas trayectorias se mantuvieron abiertas.

Aunque hace cien años las reivindicaciones de nacionalidad para reemplazar las ideas viejas de legitimación fueron desafiadas por conservadores como Lord Acton, en nuestro siglo se ha convertido en el discurso político hegemónico de soberanía, el lenguaje inevitable – e incontestable - de la auto-determinación, de aquellos que desean el nombre de nación. No obstante la artificialidad con la cual apareció la doctrina en los trabajos de los primeros intelectuales, con las transformaciones materiales, sociales, culturales y políticas de los Siglos XIX y XX, el nacionalismo ganó una resonancia tremenda – primero entre grandes números de personas educadas y luego dentro de la población en general – hasta que prometió desplazar a todas las formas rivales de lealtad e identificación.

Los lenguajes del nacionalismo dieron forma y sentido particulares a los desarrollos sociales y culturales, y la representación moderna de la etnicidad en Europa se convirtió en aquella asociada con el discurso nacionalista *per se*. El nacionalismo no surgió de manera espontánea de una nacionalidad previamente existente, como lo plantean la mayoría de los nacionalistas, ni tampoco era la “conciencia falsa” de la gran transformación de pre-capitalismo al pos-capitalismo, como dirían algunos marxistas. El nacionalismo contribuyó a la formación de la nacionalidad, la cual muchas veces en Europa (pero no siempre) se dio sobre la base de comunidades etno-lingüísticas o etno-religiosas emergentes, y se desarrolló para convertirse en la expresión política de nacionalidades movilizadas.

Trágicamente, los movimientos nacionalistas, los cuales han utilizado su retórica universalista de derechos y las reivindicaciones más antiguas de territorialidad y nación, pocas veces han mostrado muchos escrúpulos en cuanto a la violación de los derechos de los demás. Esto fue particularmente cierto en las así llamadas naciones históricas como los alemanes o húngaros, pero nociones similares de la superioridad cultural y la misión civilizante en relación con pueblos “sin historia” y más pequeños (perfectamente compatible en el Siglo XIX con las

ideas liberales o democráticas de progreso) también aparecen entre los griegos y los romanos.

Ni la *Megale Idea* griega ni la Gran Rumania mostraron mucho respeto para los principios de la autonomía cultural, la homogeneidad lingüística, o la auto-determinación étnica dentro de un Estado separado cuando se trataba de los otros. Los orígenes culturales y contingentes del nacionalismo nunca han evitado las apelaciones a raíces primordiales o raza. Mientras las reivindicaciones de nación hacen metástasis en las ofensas de la limpieza étnica y el genocidio, el deber de los intelectuales de recordarnos la calidad imaginaria de gran parte de la ideología y la historia que han conformado la creación de las naciones, se vuelve mucho más necesario.

I

La distinción entre la etnicidad y la nacionalidad requiere cierta atención al dinamismo que conlleva el reconocimiento político. Moverse de las condiciones prácticas de la autonomía cultural a formas de auto-conciencia organizada y de la enunciación de reivindicaciones políticas hacia la conformación de una nación independiente, o por lo menos hacia una forma avanzada de la auto-administración, siempre involucra historias complejas. Para capturar estas transiciones – por ejemplo, de una identidad étnica fragmentada y localizada hacia una conciencia nacional unificada y más coherente, o de las reivindicaciones culturales a las políticas – se requiere de una aproximación histórica, una que registra la complejidad inevitable de las determinaciones sociales y políticas. Antes de seguir, por lo tanto, vale construir un marco general de referencia de argumentación general en este estilo, lo cual puede llenar parte del contexto que permitió que emergiesen los nacionalismos del Siglo XIX.

Tomando el Siglo XIX en los términos más generales, Tom Nairn (siguiendo el ejemplo de Gellner), vinculó la emergencia del nacionalismo a la difusión desigual de la industrialización (o para Gellner, la modernización), en donde “el avance del capitalismo en las sociedades más burguesas afectó a las sociedades que las rodearon – sociedades que aparecen predominantemente hasta la década de 1790 como sumergidas en un letargo feudal y absolutista”.

“La marejada” invadió una zona tras otra, en círculos concéntricos. Primero Alemania e Italia, las áreas de una cultura relativamente avanzada y adyacente al centro anglo-francés. Fue dentro de ellos que se formuló el cuerpo principal de política y cultura típicamente nacionalista. Casi al mismo tiempo, o poco después, Europa del Este y Europa Central, además de las regiones más periféricas como Iberia, Irlanda y Escandinavia. Luego Japón y, con el desarrollo integral del imperialismo, gran parte del resto del globo¹⁴.

¹⁴ Véase Tom Nairn, “Scotland and Europe”, este tomo.

Lo que Nairn denomina “el dilema de ‘producir nacionalismo’”, tiene sus orígenes en las limitaciones estructuradas de desarrollo, lo que el desequilibrio de la industrialización impuso a las sociedades más atrasadas – con la conciencia entre los distintos círculos intelectuales nacionales de que la brecha del desarrollo sólo podría ser superada por esfuerzos orientados a deshacerse de la dominación de las culturas más avanzadas y explotadoras, sean estas inglesas, francesas, alemanas, italianas, o cualquier otra. Cómo esto afectó a las sociedades en particular dependía mucho de las particularidades de las economías y las estructuras sociales involucradas, la naturaleza del sistema político y el complejo local de relaciones entre las nacionalidades. Como dijo Nairn, “el dilema del sub-desarrollo se convierte en “nacionalismo” sólo cuando está refractado en una sociedad dada, es percibido de cierta manera, y luego se toman acciones frente a él”; Nairn distingue entre la composición de los círculos intelectuales y las modalidades de la movilización popular como variables claves en este sentido.¹⁵

Después del contexto de desarrollo, necesitamos considerar la situación internacional y el clima ideológico global. Para las nacionalidades balcanas en particular, el progreso de la reivindicación de nación estuvo fuertemente vinculado a la caída del Imperio Otomano y las alineaciones complejas que produjo entre los Grandes Poderes, desde la victoria de la independencia griega en la década de 1820 hasta las crisis de 1912-14. Para los distintos “despertares nacionales” a principios del Siglo XIX, el impacto de la Revolución Francesa y la subsecuente tradición revolucionaria fue fundamental, aunque la naturaleza de la influencia no era constante.

Así, los pioneros de la nacionalidad griega – Rhigas Veleshtinlis y Adamantos Koraïs – fueron formados intelectualmente en la imagen de la Época Ilustrada y en los extremos ideales radicales de la Revolución; el renacimiento húngaro tenía su orígenes en el jacobinismo pos-josefino, y las discusiones alrededor de la proclamación de Napoleón a los húngaros en mayo de 1809 (“deseo verles una nación libre e independiente”), lo que el joven Kossuth se había memorizado; mientras los movimientos eslavos del sur, particularmente el Illyrism croata, fueron inspirados por el radicalismo más difuso después de 1815.¹⁶

¹⁵ Nairn, “Scotland and Europe”.

¹⁶ H. Sundhausen, *Der Einfluss der Herderschen Ideen auf die Nationsbildung bei den Völkern der Habsburger Monarchie* (München: Oldenburg, 1973); C. Koumariou, “The Contribution of the Intelligentsia towards Greek Independence,” en Richard Clogg (ed.), *The Struggle for Greek Independence* (London: Macmillan, 1973), p. 57-86; D. Visvizi-Dontos, “The Idea of Nation in Relation to the Establishment of the Modern Greek State,” en Theodor Schieder (ed.), *Staatsgründungen und Nationalitätsprinzip* (Munich: Oldenburg, 1974), p. 113-30; Bela K. Kiraly, “Napoleon’s Proclamation of 1809 and Its Hungarian Echo,” en S.b. Winters y J. Held (eds.), *Intellectual and Social Developments in the Habsburg Empire from Maria Theresa to World War I* (New York: Columbia University Press, 1975); Wayne S. Vucinich, “Croatian Illyrism: Its Background and Genesis,” en *ibid.* p. 55-114.

Como ha argumentado Hobsbawm, los movimientos nacionalistas auto-concientes de los años 1830 y 1840 nacieron como estribaciones de la tradición revolucionaria pos 1815.¹⁷ El año 1848 fue al mismo tiempo el clímax, la especificación más profunda y la fragmentación trágica de esta tradición: abrió el camino para proclamaciones democráticas impecables de nacionalidad, y golpeó fuertemente la idea de fraternidad con las reivindicaciones nacionalistas competitivas. Pero para todos los eventos, la Revolución Francesa legó un vocabulario político por medio del cual las nuevas aspiraciones podrían ser articuladas, y un discurso ideológico estructurado en donde podrían caber los círculos intelectuales de la Europa del Este y Central. Esta nueva amalgama de reivindicaciones políticas basadas en certezas culturales podría llamarse “el discurso de la nación”.

Aún cuando rebasaba sus propios límites con el “patriotismo estatal”, este discurso vinculó la legitimidad de comunidades políticas a una comunidad cultural pre-existente y (muchas veces) lingüística, la cual ahora se denomina “nación”. La inspiración política se combinó con innovaciones culturales para producir una nueva generación de visionarios. Como escribió Gwyn Williams, “los historiadores sacaron naciones del aire y tejieron nuevos tri-colores de viejas leyendas.”¹⁸

Si la situación internacional o el clima en su totalidad resultaba ser un ímpetu hacia un nacionalismo más politizado, otro fue suministrado por una estructura de poder resistente y obstructiva, la cual se mostró sin voluntad para conceder las exigencias más modestas de autonomía cultural. Esto fue cierto tanto para los estados imperiales en particular (los imperios austriacos y rusos), como para el período general de la restauración pos-napoleónica. Así, luego de una breve luna de miel, la intransigencia del Imperio de Habsburgo gradualmente empujó a los promotores de unidad illyrisma o eslava del sur hacia la promulgación más firme de independencia política.

Los nacionalistas rumanos tuvieron una experiencia similar entre los 1830 y los 1860; mientras los que apoyaron la “actividad” (es decir, la participación en las instituciones del Imperio Austriaco) gradualmente perdieron terreno frente a los que promovieron la “pasividad” (no-cooperación). En ambos casos, el argumento de moderación se estancó por el contra-ataque sostenido de la magyarázación y la influencia superior de los húngaros en el imperio. Sin la opción realista de un Estado multi-nacional democratizado, o aún uno corporativo y más igualitario, las minorías nacionales tuvieron poca posibilidad por fuera de la perspectiva a largo plazo de una independencia secesionista. Esta aspiración fue fuertemente incentivada más tarde en ese siglo por la fundación de los nuevos estados balcánicos.

¹⁷ Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution* (New York: New American Library, 1962), p. 163 ff.

¹⁸ Gwyn A. Williams, *Madoc: The Making of a Myth* (London: Methuen, 1980). Esta cita está tomada de una crítica del libro en el Times (London), 8 de marzo de 1980.

Además, la frustración vivida por las dirigencias nacionalistas en sus encuentros con la burocracia inflexible de los Habsburgos, se radicalizó por un tercer y cuarto grupo de determinaciones, respecto a (1) la composición cambiante de los círculos de intelectuales, y (2) la posibilidad de nuevas coaliciones sociales. No hay mucha disputa sobre el papel primordial de los círculos de intelectuales en las etapas formativas de los movimientos nacionalistas – “los sectores de profesionales de la clase media y baja, estratos administrativos e intelectuales, en otras palabras, las clases *educadas*”, como dijo Hobsbawm.¹⁹

Normalmente como un intento por apropiarse de la experiencia de la Revolución Francesa, la doctrina nacionalista se materializa como la preocupación de pequeños círculos de intelectuales, como los 446 miembros de la Sociedad Educada Eslovaca, establecida en 1792, y los 266 patriotas literarios eslovacos identificables entre 1780 y 1820, o los 318 suscritos a la mensual cultural *Bibliotheca Romaneascu* en 1829 y los alrededor de 500 suscritos al único periódico romano en Transylvania en 1838, *Gazeta de Transilvania*.²⁰ Pero esto también ocurrió en el contexto de una provisión educativa que creció de manera moderada. Retornando una vez más a Hobsbawm:

Para ser preciso, la avanzada del nacionalismo de la clase media luchó al lado de la línea que marcó el progreso educativo de grandes números de “hombres nuevos” en áreas previamente ocupadas sólo por una élite pequeña. El progreso de las escuelas y universidades mide el grado de nacionalismo, tanto las escuelas y especialmente las universidades se convirtieron en sus campeones más concientes: el conflicto de Alemania y Dinamarca sobre Schleswig-Holstein en 1848 y de nuevo en 1864 fue anticipado por el conflicto de las universidades de Kiel y Copenhagen sobre el tema a mediados de la década de 1840.²¹

Esto ha sido documentado sobre todo por la parte occidental del continente, pero en principio se aplica al Este también.²² Además, la composición social de los intelectuales vivió un cambio importante, mientras la educación se volvió menos

¹⁹ Hobsbawm, *The Age of Revolution* (New York: New American Library, p. 166. Pronto añade la observación de que “estas no son, por supuesto, distintas a las clases de negociantes, especialmente en los países atrasados donde los administradores de propiedad, notarios, abogados y otros de su estilo están entre los principales acumuladores de riqueza rural.”

²⁰ Sundhausen, *Einfluss*, p. 102; Keith Hitchens, “The Sacred Cult of Nationality: Romanian Intellectuals and the Church in Transylvania, 1834-69,” en Winters y Held (eds.), *Intellectual and Social Developments*, p. 131-60.

²¹ Hobsbawm, *Age of Revolution*, p.166.

²² Leonore O’Boyle, “The Problem of an Excess of Educated Men in Western Europe, 1800-1850,” *Journal of Modern History*, 49 (1970), p. 471-95; Fritz K. Ringer, *Education and Social Patterns in Modern Europe* (Bloomington: Indiana University Press, 1979); Miroslav Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985).

vinculada a las necesidades de reclutamiento de la iglesia o los hobby de la aristocracia. Aquí, el impacto napoleónico podría resultar vital, como en las provincias illyrianas, donde la ocupación francesa suministró los rudimentos de un sistema educativo secularizado y ayudó a cristalizar los comienzos de una clase media.

En Croacia, con su nobleza pequeña y desnacionalizada (alrededor de 2-3 por ciento de la población al final del siglo), escogiendo más bien la magyarización pragmática y fuertemente vinculada a la jerarquía conservadora de la iglesia, esta coyuntura de una nueva oportunidad educativa con la inspiración de la Revolución Francesa y la inmovilidad del Estado Habsburgo no podía dejar de tener repercusiones nacionalistas: entre 1791-95 y 1826-30, la proporción de la juventud noble en la Academia Zagreb cayó del 31 por ciento al 6.1 por ciento, mientras la representación de la burguesía y el campesinado subieron al 62 y 25.6 por ciento respectivamente.²³

Finalmente, en el mismo momento de su auto-conciencia – la conflagración revolucionaria de 1848-49, “la primavera de los pueblos” – las nacionalidades europeas centrales y orientales se encontraron enfrentadas con la burocracia de Habsburgo determinada a reimponer su poder. Esto fue especialmente agudo para aquellos sujetos a la dominación Magyar, quienes habían esperado beneficiarse de la ruina de la revolución húngara – los romanos, croatas, eslovacos y rusynos – pues en lugar de federalizar la monarquía en nacionalidades autónomas, eventualmente Vienna escogió el camino de un centralismo renovado liderado por oficiales alemanes importados.²⁴

Aunque las nacionalidades sometidas salvaron algo de sus autonomías culturales (principalmente bajo la égidas de sus respectivas iglesias), luego éstas fueron duramente aplastadas por el compromiso austro-húngaro de 1867, lo cual reinstauró la hegemonía magyara en los territorios húngaros. Así, el número de escuelas con eslovaco como idioma de instrucción se redujo gradualmente, desde su punto más alto de 1,971 en 1874 hasta un promedio de 1,300 en los 1880, hasta caer a sólo 510. Toda educación superior, pública y privada, fue magyar después de 1874. Esto afectó no sólo al entrenamiento de los intelectuales, sino también su empleo: en los distritos eslovacos, sólo 345 maestros de primaria ofrecieron eslovaco como su idioma en 1914, en contraste con los 129 de habla

²³ Sundhausen, *Einfluss*, p. 146 f., 164 ff.; Vucinich, „Croatian Illyrism,“ p. 55 ff.; M. Gross, „Einfluss der sozialen Struktur auf den Charakter der Nationalbewegung in den kroatischen Ländern im 19. Jahrhundert,“ en Theodor Schieder (ed.), *Sozialstruktur und Organisation europäischer Nationalbewegungen* (Munich: Oldenburg, 1971), p. 67-96.

²⁴ L. von Gogolak, *Beiträge zur Geschichte des slowakischen Volkes. III: Zwischen zwei Revolutionen (1848-1919)* (Munich, 1972), p. 1-19; Keith Hitchins, *Orthodoxy and Nationality: Andrieu Saguna and the Rumanians of Transylvania 1846-1873* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1977), p. 78 ff.

alemán y 4,27 con magyar, en los colegios las figuras eran 1, 16, 425, respectivamente; en la educación superior 10, 12 y 638.²⁵

En una región atrasada y empobrecida como la Rus Subcarpatiana, este proceso prácticamente hizo desaparecer a los intelectuales nativos (así, en 1910 hubo sólo 21 hablantes de rusyn registrados entre los 64,797 empleados públicos y maestros estatales en Hungría), dejando sólo a la iglesia o la emigración como las únicas alternativas viables frente a la asimilación.²⁶ Este cierre de la oportunidad profesional re-enfatizó la contribución de la autonomía de la iglesia a los movimientos nacionalistas anteriores en el este del continente, porque el empleo clerical tendió a amortizar los efectos potenciales de la discriminación lingüística y étnica. Al inaugurar nuevos conflictos ideológicos y eliminar la opción clerical, la secularización ayudó a radicalizar el resentimiento de los intelectuales nativos hacia las prácticas discriminatorias del Estado de Habsburgo.

Esta discusión de los intelectuales ya introduce una dimensión socio-histórica más fuerte, porque la sobre-producción de hombres educados creó tanto un bloqueo de la movilidad profesional, como una exigencia creciente por el reconocimiento de las culturas minoritarias, normalmente y en primera instancia, por medio del idioma y su divisa oficial. Potencialmente, esto hace que el nacionalismo resulte ser una expresión de la frustración y el sub-empleo intelectual, la rebelión ideológica de “los hombres marginales”.²⁷ En sus primeras etapas, el nacionalismo fue más un movimiento de intelectuales que de las masas. La generación del discurso nacionalista en los imperios coloniales puede, casi sin excepción, remontarse a los intelectuales desplazados.

No obstante, sería demasiado limitante ver al nacionalismo simplemente como una protesta de las élites en contra de una movilidad social frustrada. El poder del nacionalismo surgió de la resonancia que el discurso tenía más allá de sus primeras articulaciones. Consideremos, por ejemplo, Irlanda, en donde el movimiento por la emancipación católica llegó a tener dimensiones verdaderamente populares en los 1820, o Grecia, en donde una combinación única de un estrato administrativo y clerical, una clase mercantilista cosmopolita y una fuerza popular independiente de brigadas y campesinos insurgentes, se fusionaron bajo las circunstancias internacionales especiales de la década de 1820 en un levantamiento nacionalista exitoso.²⁸ Pero aún para el período de

²⁵ Charles A. Macartney, *Hungary and Her Successors* (Oxford: Oxford University Press, 1937), p. 90.

²⁶ *Ibid.*, p. 210 f.; Paul Robert Magocsi, *The Shaping of a National Identity: Subcarpathian Rus, 1848-1948* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1978), p. 42-75.

²⁷ Al respecto, hay mucho de esto en Kedourie, *Nationalism*, p. 43 ff., 99 ff. Véase también Elie Kedourie, *Afghani and Abduh: An Essay on Religious Unbelief and Political Activism in Modern Islam* (London: Cass, 1966); y para una crítica, Bryan S. Turner, *Marx and the End of Orientalism* (London: Allen and Unwin, 1978), p. 53-66.

²⁸ Este punto lo enfatiza Hobsbawm, *Age of Revolution*, p. 168-77. Para Irlanda, véase J.A. Reynolds, *The Catholic Emancipation Crisis in Ireland 1823-1829* (New Haven, Conn. Y London: Yale University Press, 1954); y Peter Alter, “Nationale Organisationen in Irland

agitación popular más amplio, el cual para la mayor parte de las naciones centrales y orientales comenzó con bombos y platillos en 1848, todavía existe relativamente poca literatura que explora las bases sociales del patriotismo masivo que empezó a emerger. Esto es lo que hace que el trabajo de Miroslav Hroch sea tan importante y emocionante, aún más porque sigue siendo relativamente poco emulado.²⁹

Brevemente, Hroch trata de distinguir el marco social que resulta especialmente fértil para la implementación de un compromiso nacionalista activo. Lo hace al postular tres etapas claras en la vida del movimiento nacionalista: la Fase A, cuando pequeños grupos de intelectuales primero elaboran la categoría de la nación; la Fase B, cuando redes más amplias de patriotistas comienzan a correr la voz por medio de la agitación concreta; y Fase C, cuando comienza la movilización popular seria. De esa manera, el autor desarrolla una sociología cuidadosa de los activistas patriotistas en la Fase B (miembros de clubes y sociedades, colaboradores y suscriptores de periódicos patrióticos y otros proyectos, donantes de dinero, etc.), concentrándose particularmente en tres tipos de información, en lo que concierne a la movilidad intra e inter-generacional y la ubicación geográfica.

De este análisis, emerge un patrón interesante de distribución desigual. Geográficamente, las áreas de actividad nacionalista más fuerte parecen tener poca correlación con los límites lingüísticos o administrativos, la homogeneidad lingüística o étnica, o medidas fuertes de crecimiento económico, como la densidad de la población y la distribución de nuevos centros industriales. En cambio, coincidieron con una mezcla de cultura y factores económicos más complejos: por un lado una red escolar más densa y una provisión educativa más extensa; por otro lado, las áreas de cambio social intermediario, incluso las áreas de la producción de artículos de consumo sin mucha importancia con densidades más altas que el promedio de la pequeña producción de artesanías para el mercado, aún en donde la industrialización estuvo bastante avanzada; las áreas de alta fertilidad tanto en cereales como en cultivos comerciales; y áreas de producción agrícola para el mercado y no para la simple subsistencia, pero donde la distribución se dio sobre todo por medio de los mercados locales y no regionales.

En lo social, el contingente más grande de patriotas provino de los intelectuales, es decir aquellos que viven de su labor intelectual (esto es, no solo académicos, periodistas y escritores, sino también maestros, oficiales menores y curas). La burguesía, como una nueva clase de dueños y controladores de los medios de producción, estuvo mal representada, con la excepción parcial de la

1801-1921", en Theodor Schieder y Otto Dann (eds.), *Nationale Bewegung und soziale Organisation. I: Vergleichende Studien zur nationalen Vereinsbewegung des 19. Jahrhunderts in Europe* (Munich: Oldenbourg, 1978), p. 1-130. Para Grecia, véase Clogg (ed.), *Struggle for Greek Independence*; y Visvizi-Dontas, "Idea of Nation".

²⁹ Hroch, *Social Preconditions of National Revival*.

clase mercantilista noruega. El papel de la pequeña burguesía fue más importante, aunque principalmente para la Fase C, y el del campesinado bastante variable. En lo que tiene que ver con residencia, los patriotas vivían en los pueblos, y no tanto en el campo. Vinieron de manera desproporcionada de una generación más joven (digamos entre 18 y 28 años de edad).

En los términos de Karl Deutsch, fueron firmamentos integrados en un sistema de comunicaciones desarrollado, por supuesto por el estatus social obtenido; por origen, provinieron de grupos como los artesanos, y el campesinado, quienes estuvieron poco integrados, pero quienes también crecieron en sitios geográficos en donde las comunicaciones estuvieron bien desarrolladas (por ejemplo, con una alta densidad de escuelas rurales). En resumen, los patriotas vinieron del estrato intermedio instruido, entre las masas y la burguesía y aristocracia que hubiesen existido: como dice Hobsbawm, “los maestros, los bajos rangos de los cléricos, algunos tenderos urbanos y los artesanos y el tipo de hombre que logró subirse en la sociedad hasta donde fuera posible para los hijos de la gente campesina subordinada dentro de una sociedad jerárquica.”³⁰

En tanto la metodología comparativa y materialista de Hroch fue pionera para una necesaria aproximación socio-histórica a los movimientos nacionalistas y su distribución desigual, y explícitamente relacionó el proceso de la formación de nación con procesos mayores de transformación social, específicamente aquellos asociados con la penetración global en toda Europa de la expansión desigual del modo de producción capitalista, no debe ser ésta malentendida como reduccionismo económico. Muy al contrario, pues según su explicación, la emergencia de los movimientos nacionalistas no es una consecuencia simple no-mediada de la industrialización, sino el complicado resultado de las nuevas relaciones sociales que la industrialización ayudó a establecer. Específicamente, Hroch ve el impacto de la industrialización como mediado por los procesos de la comunicación y la movilidad propuestos por Karl Deutsch. Asimismo, no existe una equivalencia simple entre el crecimiento del mercado nacional y la coherencia de la nación potencial, y la extensión territorial óptima de una economía nacional no necesariamente corresponde con el área que se cree ocupa la nación.

Aquí, Hroch argumenta una distinción básica entre las naciones dominantes o “grandes” (como Inglaterra, Francia, Holanda, Suecia, España y, más ambiguamente por su formación territorializada posterior, Alemania e Italia), cuyo

³⁰ Eric Hobsbawm, *The Age of Capital* (London: Wiedenfeld, 1975), p. 90. Hay algunas variaciones en los resultados de Hroch entre las ocho nacionalidades involucradas. Así, alrededor del 50 por ciento de los patriotas checos y eslovacos provinieron del artesanado rural; en contraste, aproximadamente el 20 por ciento de los noruegos vinieron de la burguesía (notablemente las familias mercantilistas y marítimas), y otro 30 por ciento de la pequeña burguesía urbana. Los patriotas finlandeses provinieron sobre todo de las familias de los intelectuales (oficiales y curas), con alrededor del 20 por ciento de la burguesía y la pequeña burguesía urbana, y solo el 5 por ciento del campesinado. Los patriotas lituanos, estonianos y rusos blancos vinieron primordialmente de los pueblitos, y en el caso de Lituania, menos de 5 por ciento provinieron de los pueblos.

sentido de nacionalidad se constituyó en el curso de las luchas burguesas contra la dominación social de la aristocracia, y las naciones “pequeñas” investigadas en su libro, y cuya independencia no pudo asegurarse *en contra* de la dominación emergente de una coalición burguesa-aristocrática, extranjera y metropolitana o “desnacionalizada”.

En otras palabras, en las naciones grandes, la lucha *en contra* del feudalismo también fue una lucha *por* la emancipación de la nación, en donde la así llamada “propiedad tercera” se instaló en la vanguardia de la sociedad, a la vez que se auto-identificó con la nación en general. En las naciones pequeñas, en cambio, la disolución del feudalismo estuvo acompañada por la predominancia de una burguesía cuya cultura evidentemente divergió de aquella del “pueblo”. Estas “naciones pequeñas” tuvieron una conformación distinta: hubo ausencia de una aristocracia nativa y estuvieron sujetas a una clase terrateniente con un idioma extranjero y una nacionalidad ya formada; no hubo una reivindicación histórica de nación o de independencia política; no hubo una tradición fuerte o continúa de alta cultura en el idioma nativo; y frecuentemente no existía una burguesía nativa fuerte. En estas circunstancias, el movimiento nacionalista se apoyó necesariamente en una coalición popular conocida: un nuevo círculo de intelectuales seculares como el descrito arriba, eventualmente movilizándolo gran parte de la pequeña burguesía (es decir, la Fase C de Hroch).

De esa manera, el trabajo de Hroch tiene una importante influencia en cuestiones del desarrollo político. Su modelo de un dominio totalmente público, cristalizándose gradualmente del mosaico de sociedades parroquiales bajo el impacto de la transformación social conducida por el capitalismo, puede ser desplegado en una variedad de contextos historiográficos, los cuales normalmente no se encuentran en la literatura sobre el nacionalismo per se, de las distintas configuraciones regionales de la política durante la Guerra Civil Inglesa, o aún de la politización desigual del campo durante la Revolución Francesa y el Siglo XIX, a la formación de culturas políticas territorializadas en cualquier sociedad en desarrollo.³¹ Ya llegando a este punto, la aproximación de Hroch no sólo se une al modelo de comunicación social de Deutsch y la literatura sobre la formación de nación, sino también al concepto de Jürgen Habermas sobre la esfera pública, el cual recientemente ha gozado de un nivel de popularidad increíble en el mundo de los anglo-hablantes.³² En estos términos, el problema del nacionalismo puede

³¹ De muchas formas, la aproximación de Hroch es reminiscente del análisis clásico de Charles Tilly, *The Vendée* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1964).

³² Véase Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society* (Cambridge, Mass. MIT Press, 1993; originalmente publicado en alemán, 1962); y Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1992). Para algunas reflexiones directamente dirigidas hacia cuestiones de nación, véase Geoff Eley, “Nations, Publics and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century,” en Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, p. 289-339. Para algunos ejemplos de una aproximación en un “estado práctico”, véase Gale Stokes, “The Social Origins of East European Politics,” *East European Politics and Societies*, 1 (1987), p. 30-74; Tom Garvin,

ser visto como un nombre particular para la problemática general del desarrollo político, o para la formación de culturas políticas territorializadas en la época abierta por la Revolución Francesa, en todas sus ricas y complejas dimensiones sociales y culturales. Aquí John Womack, quien habla desde un contexto latinoamericano de la historia y la discusión:

Muy ampliamente, la experiencia ha servido como una especie de educación liberal para los individuos tradicionales en transición por fuera de la tradición, justificando la represión de sus ansiosos deseos por la familia, el clan, el pueblo, la provincia, prometiendo a ellos la emoción de ejercer sus voluntades como cualquier otra persona del “pueblo”. Para ellos, se ha sentido como una liberación. El nacionalismo también ha servido como un estilo de educación profesional para los individuos que se están transformando en la burguesía, justificando su represión de vergüenza, prometiéndoles la emoción de imponer sus voluntades en ser la vanguardia del “pueblo”. Para ellos, se ha sentido como responsabilidad. Normalmente, solo fracciones de cualquier clase han vivido cualquiera de las dos experiencias en un tiempo particular. Y normalmente, otros entrando mientras ellos salen, lo han pasado en dos o tres años. Pero como los ex-alumnos, han mantenido fuertes recuerdos de ello mientras se acomodan en las rutinas de la nueva clase.³³

Hasta el momento, hemos descrito “el momento de la historia social” en la historiografía y teoría del nacionalismo, un momento señalado por la influencia de autores como Gellner y Hobsbawm, y llevado a cabo de manera espléndida en las investigaciones de primera de Hroch. De muchas formas, este momento aún está en proceso, porque el campo de monografías que sitúan al nacionalismo dentro de un contexto fuerte y sofisticado de la historia social aún es sorprendentemente pequeño, y aún más en la historia europea que en el análisis de las sociedades no-occidentales, donde la aproximación ha sido mucho más innovadora.³⁴ Además, aquí nos hemos enfocado en los primeros procesos donde la categoría

“The Anatomy of a Nationalist Revolution: Ireland, 1858-1928”, *Comparative Studies in Society and History*, 28 (1986), p. 468-501; Samuel Clark y James S. Donnelly (eds.), *Irish Peasants: Violence and Political Unrest, 1780-1914* (Madison: University of Wisconsin Press, 1983); y Rosalind Mitchison (ed.), *The Roots of Nationalism: Studies in Northern Europe* (Edinburgh: Edinburgh University Press, 1980).

³³ John Womack, “Mariatégui, Marxism, and Nationalism,” *Marxist Perspectives*, 3 (1980), p. 172 f.

³⁴ Véase por ejemplo uno de los más estimados entre los libros generales recientes sobre el nacionalismo, el cual intenta presentar una síntesis de los relatos existentes al utilizar la literatura monográfica para tener un campo más amplio de países particulares: John Breuilly, *Nationalism and the State* (Manchester, England: Manchester University Press, 1982; reeditado en una nueva edición rústica, Chicago: University of Chicago Press, 1994). Aunque es historiador social, Breuilly adopta una aproximación un poco estrecha, donde trata al nacionalismo como “una forma de la política”. Peter Alter, *Nationalism* (London: Edward Arnold, 1989), presenta un contexto más fuerte en la literatura socio-histórica, pero su libro es mucho más un ensayo.

de la nación ha sido propuesta y elaborada como una fundación para la emergencia de un movimiento nacionalista coherente, aunque expresado por la transición de la etnicidad a la nacionalidad, como en las tres fases de Hroch, o por alguna otra esquema de desarrollo. No obstante, lo dicho por Womack ya nos apunta hacia aún más cuestionamientos, los cuales surgen de los logros exitosos de la independencia nacional.

Después de haber puesto énfasis en el elemento de la subjetividad condicionada y la innovación cultural en los principios de la constitución de nacionalidad, claramente existe un punto en donde las naciones comienzan a existir independientemente de las prácticas políticas que las originaron. Al lograr al menos la independencia o la auto-determinación política, la nación comienza a representar una formación discursiva – ideológica, institucional, cultural y prácticamente en miles de maneras pequeñas – de un poder inmenso, lo cual ya determina las posibles formas de actividad política y de creencias. Como ha señalado Nairn, bajo estas circunstancias, el nacionalismo se convierte en “un nombre para la condición general del cuerpo político moderno, más como el clima del pensamiento político y social que simplemente como otra doctrina.”³⁵

Muy aparte de cualquier otra cosa, el logro de un Estado-Nación simplifica de manera inconmensurable la unificación cultural de la nación a través de sistemas de identificación compartida, y sobre esta base la transición hacia la nación marca un paradigma fundamental en la vida del movimiento nacionalista. El ideal nacional presta una legitimidad enorme a los incentivos intervencionistas de un gobierno centralizante, aunque la habilidad de contestar estos procesos vía construcciones alternativas de la tradición nacional es el contra-reconocimiento necesario, argumentaríamos, que debe seguir. De hecho, el campo de negociación dentro del marco global de una identidad nacional común, con todas sus poderosas resonancias, es donde ahora se pueden encontrar las discusiones más interesantes.

II

Este tema de la transición a nación, y la penatribilidad resultante de la identificación nacional, su ineludibilidad para ciudadanos y no ciudadanos de los Estados contemporáneos, dadas las condiciones estructuradas y estructuralizantes de la vida pública y privada en el último, particularmente en las comunidades de masa del Siglo XX, ha fortalecido otras herramientas de aproximaciones analíticas de la historia social de la formación de nación que hemos explicado arriba.

Como hemos visto, la idea de la nación en su sentido proyectivo del Siglo XIX imaginó un futuro deseable de convivencia armónica y de auto-determinación colectiva dentro del espacio soberano de un orden político y socialmente solidario,

³⁵ Nairn, “Scotland and Europe”, este tomo.

cada vez más acompañado por el ideal de una cultura común coherente y bien organizada. Esta utopía de la nacionalidad moderna requería la fundación de la comunidad nacional en un territorio específico y definitivamente bien delineado, con límites más sólidos, una ciudadanía regulada constitucionalmente, y reivindicaciones muy exigentes frente a su legitimidad. También significó poner énfasis en las diferencias entre una comunidad nacional y otra, y borrar las diferencias internas. Además, el proyecto de nación tuvo una genealogía particular. Siguió las historias de la construcción de nación de los viejos estados territoriales de Europa entre los Siglos XIII y XVIII, que eliminaron las soberanías competitivas dentro de un territorio dado, establecieron burocracias y ejércitos permanentes, reclamaron poderes radicales del tributario central y abolieron las jurisdicciones rivales, como aquellas de la iglesia o las aristocracias locales.

Luego, con la Revolución Francesa, las ideas de la nación como un pueblo, sujetas a la soberanía popular y al mando constitucional, con reivindicaciones de un solo idioma nacional y (eventualmente) una población étnicamente homogénea, inscribieron este proceso de construcción de nación con su contenido ideológico distintivo. Para sobrevivir, los estados imperiales y dinásticos se transmutaron en nacionales, normalmente bajo el ímpetu de la industrialización capitalista y las aspiraciones político-culturales asociadas de la burguesía, lo que el Siglo XIX calificó como “progreso”. En donde los imperios no lograron convertirse en Estados-Naciones, como el zarista, el de Habsburgo y el otomano, fueron condenados a vidas cortas en la época de Wilson y Lenin después de 1917, donde el sistema estatal internacional se volvió a organizar alrededor del principio de la auto-determinación nacional. De hecho, el único sobreviviente del Siglo XX de la época de los imperios contiguos en Europa, la Unión Soviética, justificó su continuación por medio de una ideología de internacionalismo, mientras simultáneamente reconoció la presencia de naciones dentro de su federación.

Así, las “naciones”, -de vez en cuando una redescrición de poblaciones territoriales existentes organizadas por el Estado- a veces fueron una aspiración, una proyección de sociedades civiles emergentes, movimientos buscando reordenar en sus propios términos los paisajes políticos e institucionales del Estado que encontraron. “Las categorías nacionales” o nacionalidades resultaron ser pronunciadas y elaboradas durante el Siglo XIX con cada vez más profusión, un proceso en donde los términos globales durante el Siglo XX han mostrado pocas señales de contracción. Mientras el esfuerzo de diseñar un “Estado” para cada “nación” seguramente resultaría irreal, al final multiplicando más allá del umbral de viabilidad no sólo el número de los Estados, sino también la cantidad de comunidades que aspiran serlo, el discurso moderno de la nación, sin embargo, ha conspirado para eliminar otros lenguajes de legitimidad.

Este campo de tensión y creatividad, de forjar futuro y de labor inacabada, entre los marcos político-institucional y estado-territorial de la política y el desarrollo de la sociedad (o el proceso de la formación de Estado y la construcción de nación desde nuestro punto de vista), y el diseño de las identidades colectivas, donde la ciudadanía y de otro modo poblaciones divididas pueden reconocerse

como “una” (la “nación” como un espacio de conciencia y cultura), es donde los estudios culturales han puesto su énfasis.

Como una incitativa interdisciplinaria, “los estudios culturales” han llegado a significar muchas cosas. Hablando canónicamente, podríamos comenzar con *The Uses of Literacy* (1957) de Richard Hoggart y *Culture and Society: 1780-1950* (1958) de Richard Raymond Williams, cuya meta común era “devolver la cultura” a su lugar en el estudio de la sociedad, pero con el reconocimiento importante de que cualquier noción armónica de la cultura como “un modo completo de vida” necesariamente está comprometida por las actualidades de la fragmentación social, las divisiones de clase, género, las exclusiones étnicas, y las jerarquías y relaciones del poder.³⁶

Empero, ese mismo momento fundacional británico ya no resulta suficiente para describir las posibilidades, organizado como era alrededor de dos estudios sumamente específicos, una etnografía elaborada de la clase obrera respetable del norte de Inglaterra (en el caso de Hoggart), y un debate corriente con doscientos años de escritos sobre la alta cultura y la cultura popular (en el caso de Williams). En Inglaterra, se enriqueció bastante este trabajo en el Birmingham Center for Contemporary Cultural Studies, enfocándose en cuestiones de la cultura juvenil y el estilo, los mass media y las comunicaciones, el sistema escolar público, el género, la raza, la memoria popular y los escritos sobre la historia, todo dentro del marco de las teorías de la ideología, el significado y la subjetividad.³⁷

Pero la naturaleza de la discusión interdisciplinaria también es muy específica para Inglaterra, conformada principalmente por los académicos literarios, historiadores y sociólogos, juntos con la progenie inmediata del mismo campo, ahora empleados en los departamentos de estudios culturales en las nuevas universidades. En los Estados Unidos, la constelación tiende más hacia los estudios literarios, estudios de cine, comunicaciones, antropología, estudios de género, la cultura norteamericana, etc. De igual manera, el campo de la teoría varía, desde Antonio Gramsci y las aproximaciones psicoanalíticas en Inglaterra, a las antropologías reflexivas en los Estados Unidos. Por otro lado, la teoría feminista, las teorías pos-coloniales, el giro lingüístico y la fascinación con el pos-modernismo son comunes para ambos.

¿Cómo ha afectado el crecimiento de los estudios culturales al estudio del nacionalismo? Primero, en un momento en donde los autores han puesto énfasis en la inventiva políticamente orientada y la novedad de las culturas nacionales, y

³⁶ La mejor declaración sucinta al respecto, emocionalmente personal y bastante elocuente, es del ensayo de 1958 de Raymond William, “Culture is Ordinary”, en *Resources of Hope: Culture, Democracy, Socialism* (London: Verso, 1989), p. 3-18. A lo largo de su carrera, Williams estuvo más sensible a cuestiones de poder desigual y el silencio de las voces dentro de una cultura común que era Hoggart.

³⁷ Existen muchas introducciones al trabajo del CCCS de Birmingham, pero para una guía y antología excelentes, véase Stuart Hall et al. (eds.), *Culture, Media, Language* (London: Hutchinson, 1980).

la contingencia, aún la arbitrariedad de las señales particulares que las componen, los estudios culturales nos han permitido reinstaurar la centralidad de la cultura en la formación de nación sin reasignarla a la noción equivocada de lo primordial. Por supuesto, la cultura es un término notoriamente móvil, y en muchos de sus escritos sobre el tema, Raymond Williams distinguió cuatro grupos de significado: (1) la cultura como “un proceso general de desarrollo intelectual, espiritual y estético” de individuos; (2) la cultura como “una manera particular de vida, sea de personas, un período, un grupo o la humanidad en general,” en el sentido antropológico; (3) la cultura como “las obras y las prácticas de actividad intelectual y especialmente artística”; y, (4) la cultura como “el sistema significativo por medio del cual un orden social necesariamente (entre otros medios) es comunicado, reproducido, vivido y explorado.”³⁸ Cada uno de estos significados tiene su relevancia para nuestro tema, y juntos conforman una agrupación de distinciones en tanto proseguimos. Segundo, la cultura en un sentido antropológico, como un territorio informal, práctico e inconciente de cotidianidad, corresponde mucho a una importante tradición del pensamiento nacionalista descendiente de Herder, lo cual precisamente enfatiza estos principios holísticos de definición:

Herder argumentaba que cada pueblo – cada sociedad, cada grupo étnico, cada comunidad lingüística – podría ser distinguido por “un modo completo de vida”, por sus costumbres comunes, maneras de pensar, y maneras de ser. Argumentaba que cada modo de vida está informado por un “espíritu común”: que las actividades sociales, los patrones de pensamiento, y las maneras de ser de cada grupo están producidas dentro y por medio de lo que podríamos denominar una cierta “gramática” o “sintaxis” de la vida cotidiana, es decir, por los valores generales, categorías, etc., que guían y dan sentido a las actividades específicas.³⁹

Si paralizamos la historia en un momento particular, estas características aparecen muy fácilmente como esenciales y fijas, mientras si las vemos durante un período de tiempo (como argumentamos arriba), esta coherencia cultural se disuelve en duda, y aparece mucho más como un proceso que requiere una explicación. Las culturas de la etnicidad están construidas a partir de campos de diferencia que son intercambiables y dinámicos. La etnicidad surge en la interacción entre los grupos. Existe en los límites construidos entre ellos. Además, “es *en* la historia, en el flujo de eventos del pasado que aparecen la emergencia y la variación, y es sólo *a través de* la historia que los podemos entender.”⁴⁰ Los límites están marcados por símbolos – “objetos, actos, relaciones o formaciones lingüísticas que *ambiguamente* representan una multiplicidad de significados,

³⁸ Véase Raymond Williams, *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*, ed. rev. (New York: Oxford University Press, 1983), p. 90; y *Culture* (London: Fontana, 1981), p. 13.

³⁹ Glenn Jordan y Chris Weedon, *Cultural Politics: Class, Gender, Race and the Postmodern World* (Oxford: Blackwell, 1995), p.. 565.

⁴⁰ R.D. Grillo, “Introduction,” en Grillo (ed.), *“Nation” and “State” in Europe: Anthropological Perspectives* (London, 1974), p. 11.

evocan emociones y empujan a que [la gente] actúe.”⁴¹ Estos “marcadores de diferencia”, la diferencia entre “Nosotros” y “Ellos” son, para la mayoría de la gente, vividos y reproducidos durante las transacciones sociales que no están concientemente reflejadas o racionalizadas en esta manera:

Estas experiencias cotidianas ocurren de manera inconsciente; la conciencia cotidiana es ingenua. Estas experiencias son jerga, naturaleza y territorio, agrupación social, socialización escolar, con su proyección de mitos históricos, la apariencia superficial y el comportamiento, religión, costumbres y hábitos. Los elementos individuales de esta experiencia cotidiana se vuelven evidentes por la experiencia de lo extraño. La experiencia de lo extraño ocurre constantemente. Aquí, los elementos de la experiencia cotidiana son exagerados y abstraídos hasta convertirse en símbolos, los cuales definen una comunidad. Estos símbolos son tangibles, concretos y entendibles en todos lados sobre la base de la experiencia cotidiana. Puesto que la vida cotidiana en su totalidad está, en su conjunto, vivida de manera ingenua, este proceso lleva a una combinación difusa e inexplicable de estos símbolos para la creación de los límites étnicos y la identidad étnica. Esto explica la paradoja de que los símbolos étnicos individuales puedan ser entendidos concretamente, mientras su combinación como etnicidad siga siendo indefinible.⁴²

La identificación nacional claramente es un asunto de sensibilidad en este sentido – algo transmitido del pasado y asegurado como una pertenencia colectiva, algo reproducido en una mirada de maneras imperceptibles, fundado en la cotidianidad y la experiencia mundana. Al tratar de entender el diseño de poblaciones extremadamente dispares en una nación, el pasaje de un tipo de historia (de dispersión, heterogeneidad, fluctuación) a otro (unificación, solidaridad institucionalizada, comunidad establecida con seguridad), es crucial, y la habilidad de las dirigencias – en los Estados-Naciones existentes o como movimientos nacionalistas aspirantes – para trabajar en este depósito de significados culturales está en el corazón del proceso de la construcción de nación. Una memoria común de pertenencia, nacida de hábitos, costumbres, dialectos, canciones, baile, pasatiempos, geografía compartida, superstición, etc., pero también de miedos, ansiedades, antipatías, dolores, resentimientos, es la condición indistinta pero indispensable de posibilidad. Para que el nacionalismo funcione, la gente ordinaria necesita verse como los portadores de una identidad centrada en otro lugar, imaginarse como una comunidad abstracta. Asegurar la existencia de la nación, movilizar la nación políticamente, presume una identidad largamente acumulada en este sentido, una que se puede visibilizar tanto espontáneamente como por agitación concertada. Aquí, el político irlandés nacionalista de principios del Siglo XX, Michael Collins, describiendo uno de estos momentos de auto-reconocimiento colectivo:

⁴¹ Abner Cohen, *Two Dimensional Man* (London, 1974), p. 23.

⁴² Jochen Blaschke, “Einleitung”, en Blaschke (ed.), *Handbuch der europäischen Regionalbewegungen* (Frankfurt am Main: Syndikat, 1980), p. 17.

Yo represento una civilización irlandesa basada en el pueblo y encarnando y manteniendo las cosas – sus hábitos, modos de pensar, costumbres – que le hace diferente – el estilo de vida en que yo mismo crecí... Una vez, hace años atrás, un grupo de nosotros andábamos por Shepherd's Bush Road [en Londrés irlandés], cuando de uno de los carriles apareció un muchacho con un burro – justo el tipo de burro y carreta que tienen en casa. Apareció muy rápido y de repente y todos le aplaudimos. Nadie que no haya estado en el exilio me va a entender, pero esto es lo que represento.”⁴³

Tercero, necesitamos salir de este territorio de la cotidianidad a la cultura en el tercero de los sentidos de Raymond Williams, como “las obras y prácticas de la actividad intelectual y especialmente artística”, y considerar el papel de los intelectuales nacionales, pero esta vez no como los agentes de la historia social de la formación de nación de Hroch, sino como productores culturales y autores de textos imaginativos. Adoptando un famoso adagio, podríamos decir que los nacionalistas hacen sus propias historias, pero no totalmente como lo hubieran querido; no con las culturas que ellos mismos escogen, sino con las culturas directamente encontradas, dadas y transmitidas del pasado.

Sin embargo, la perspicacias de los “constructores” – del linaje de los autores contemporáneos sobre el nacionalismo desde Kedourie – no han perdido nada de su poder: la nacionalidad *no* es una consecuencia natural o un resultado de la cultura común de mucha antigüedad; no es que las naciones sean descubiertas o despertadas, como son más bien creadas o inventadas por los intelectuales. Así, los movimientos nacionalistas de los Siglos XIX y XX dependen de historias políticas e ideales políticos particulares de ciudadanía y de la organización estatal mucho más que hayan surgido espontáneamente de comunidades culturales pre-establecidas. Además, el esfuerzo de continuidad en la cultura nacional también requiere de una dura, continúa y reiterada labor ideológica y política creativa por parte de los intelectuales y las dirigencias nacionales. No se da por sí sola.

Una de las contribuciones más importantes de los estudios culturales al respecto ha estado relacionada con la formación de las políticas nacionales. Aquí, el trabajo de Habermas sobre la esfera pública ha mostrado ser un modelo de gran influencia, en donde los ideales liberales del Siglo XIX de gobierno constitucional, libertades civiles y el Estado de Derecho fueron vinculados a procesos más amplios de innovación cultural. En el argumento de Habermas, la esfera pública – como un dominio intermediario vinculando la sociedad y el Estado, donde la ciudadanía razonable se organiza como la poseedora de la opinión pública – se cristalizó el crecimiento, en Europa Occidental entre finales del Siglo XVIII y XIX, de culturas metropolitanas y provinciales urbanas basadas

⁴³ Kenneth Minogue, *Nationalism* (London: Batsford, 1967), p. 22 f.

en las estructuras novedosas de la sociedad civil y en el terreno de las asociaciones de una vida pública organizada localmente.

Esto englobó todo, desde la arquitectura de orgullo cívico (casas de reuniones, salón de conciertos, teatros, operas, paraninfos, museos), a la nueva infraestructura de comunicación social (la prensa, editoriales y otros medios literarios; el ascenso de un público leído vía sociedades literarias y de lenguaje; suscripción a publicaciones y bibliotecas que prestan libros; el perfeccionamiento del sistema de transporte; y centros de sociabilidad como cafés, tabernas y clubes), y en general un nuevo universo de asociación voluntaria. Esta historia de la formación de la esfera pública redescubre los procesos de comunicación social postulados por Deutsch y concretizados por Hroch, elaborando en el proceso una compilación de casos de la centralidad de las políticas culturales para el proyecto de construcción de nación. Fácilmente se puede extender hacia la formación de gustos y la circulación de ideas.⁴⁴

El estudio de las literaturas nacionales ha adquirido más y más prominencia en este sentido. Dadas las demandas hechas por la centralidad de la crítica literaria, en oposición a otras formas de conocimiento académico como sociología y teoría social, en las estructuras ideológicas dominantes del “ser inglés” en el Siglo XX, por ejemplo, los estudios literarios siempre han sido una parte clave de los estudios culturales británicos desde el principio, con Raymond Williams dando los primeros pasos.⁴⁵ En términos más generales, la importancia de los argumentos moralistas y estéticos en el discurso fundacional de los nacionalismos del Siglo XIX, estén articulados alrededor de la novela y la poesía, o el teatro o el opera, también está muy claro. Para Friedrich Schiller, por ejemplo, el teatro poseía el poder ético y la fuerza sensual necesarios para el avance de los valores racionalistas y humanistas de la Época Ilustrada por sobre los reclamos desacreditados de la religión tradicional y, de esa manera, la creación de una “Alemania” como un público de hombres educados: “ si tuviéramos un teatro nacional, también nos convertiríamos en nación.”⁴⁶

⁴⁴ Para una presentación completa de este argumento, véase Eley, “Nations, Publics, and Political Cultures.” Véase también Habermas, *Structural Transformation of the Public Sphere*; y Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*.

⁴⁵ Véase Raymond Williams, “Cambridge English, Past and Present,” “Crisis in English Studies,” y “Beyond Cambridge English,” en Williams, *Writing in Society* (London: Verso, 1983), p. 177-226; Chris Baldick, *The Social Mission of English Criticism, 1848-1932* (Oxford: Oxford University Press, 1983); Brian Doyle, *English and Englishness* (London: 1989); Peter Widdowson (ed.), *Re-reading English* (London: Methuen, 1982); Francis Mulhearn, *The Moment of “Scrutiny”* (London: Verso, 1979); y Anthony Easthope, *Literary into Cultural Studies* (London: Routledge, 1991). Para el texto clásico, originalmente publicado en 1964, véase Perry Anderson, “Components of the National Culture,” en *English Questions* (London: Verso, 1992), p. 48-104.

⁴⁶ Peter Jelavich, *Munich and Theatrical Modernism: Politics, Playwriting, and Performance, 1890-1914* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1985), p. 17.

Las artes en este sentido suministraron poderosos lenguajes de prestigio y legitimación. En palabras de Brian Doyle, “ ‘el idioma inglés’ y la ‘literatura nacional’ en las definiciones dominantes, representan ratificaciones de un sentido selectivo de la cultura y la historia, o afirmaciones confortables de ciertas estructuras y formas de la autoridad cultural.”⁴⁷ Por otro lado, las formas de ficción también han sido medios de disputa, prestándose para los propósitos de oposición y de disidencia tan frecuentes como legítimos, y en todos los eventos donde se representan los conflictos e incertidumbres que ocurren dentro de cualquier discurso actual e histórico de la auto-determinación nacional y la proclamación e institucionalización de una cultura oficial de la nación.

Las literaturas nacionales, tanto constructiva como sintomáticamente, proveen una base textual compleja y desafiante para la exploración de los lenguajes del nacionalismo y la identificación nacional, y no sólo porque sus autores y empresarios invariablemente los vieran de esta manera, dando una inteligencia estratégica a su creación. Los nacionalismos de América Latina, y las literaturas sobre las sublevaciones coloniales en general, han sido un contexto rico de este tipo de análisis, y el ensayo de Julie Skurski en este tomo nos da una ilustración excelente de lo que se puede hacer.⁴⁸

Cómo la nación *está representada*, cómo se *justifican* sus aspiraciones, y como se *narran* sus orígenes y reivindicaciones han sido temas claves de una creciente literatura de los estudios culturales. *Imagined Communities* (1983) de Benedict Anderson se ha convertido en el texto emblemático en este sentido, marcando el momento de la transición en la literatura de los análisis estructurales y materialistas del nacionalismo, hacia una aproximación que enfatiza los significados y los efectos de “un sentido de nacionalidad”, y las relaciones íntimas entre el ser y la pertenencia a la nación. Anderson desarrollo un argumento complejo desde los cambios macro-históricos acontecidos durante y alrededor de la Época Ilustrada y la Revolución Francesa, comenzando en las Américas, en donde la gente empezó a poder re-imaginar los límites de sus mundos, reemplazando la lealtad a las religiones universales y los órdenes divinos de las dinastías con un nuevo tipo de comunidad basado en ciudadanía, concebida como “una fraternidad de iguales” y “un profundo compañerismo horizontal.”⁴⁹

⁴⁷ Brian Doyle, “The Hidden History of English Studies,” en Widdowson (ed.), *Re-reading English*, p. 18.

⁴⁸ Véase por ejemplo, Doris Sommer, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America* (Berkeley: University of California Press, 1991); Ileana Rodríguez, *House/Garden/Nation: Space, Gender, and Ethnicity in Postcolonial Latin American Literatures by Women* (Durham, N.C.: Duke University Press, 1994). Para una compilación excelente de este tipo de trabajo, tomado de distintas partes del mundo, véase Homi K. Bhabha (ed.), *Nation and Narration* (London: Routledge, 1990). Véase también Lauren Berlant, *The Anatomy of National Fantasy: Hawthorne, Utopia, and Everyday Life* (Chicago: University of Chicago Press, 1991).

⁴⁹ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, rev. ed. (London: Verso, 1991), p. 7. Aparte de los otros factores que ya hemos mencionado, Anderson también menciona el crecimiento de lenguajes vernáculos

Como él lo dice, esta formulación implica la no-yuxtaposición de “la verdad” y “lo falso” en la definición del nacionalismo: todas las comunidades son necesariamente “imaginadas” en el sentido de que sus miembros no pueden conocerse entre todos directamente, y, por lo tanto, “deben distinguirse, no por su falsedad/genuidad, sino por el estilo en que son imaginadas.”⁵⁰ Las naciones se vuelven comunidades idealizadas, las cuales de una vez “recuperaron” la historia que necesitaban para vincular los diversos elementos en un solo conjunto, que a la vez escondieran las desigualdades y explotaciones actuales y los patrones de dominación y exclusión que inevitablemente incluyeron.

El poder de la lealtad nacional requiere alguna apelación transcendental de este tipo, invocando “los vínculos entre los muertos y los aún por nacer, el misterio de la regeneración... una combinación de relaciones, fortuita y fatal en un lenguaje de ‘continuidad’”.⁵¹ Esta apelación al pasado, lo que Lauren Berlant denomina “esta condición pseudo-genética”, que afecta profundamente no sólo “la experiencia subjetiva del ciudadano de sus derechos políticos, sino también de la vida civil, la vida privada, la vida del cuerpo mismo,” es crucial para la utopía de nacionalidad, para las reivindicaciones, las redenciones de la nación, sus promesas de conjunto, la unidad abstracta en que desea convertirse.⁵²

Al explorar las historias y los procesos de representación, cuatro, los estudios culturales se han enfocado no sólo en las características de las literaturas nacionales oficialmente comprendidas – de releer el canon en otras palabras - sino aún más sobre la cultura popular, tanto por los escritos de las historias sociales y su producción, como por llevar prácticas de lectura establecidas para estos distintos tipos de textos. Estamos pensando aquí en el trabajo sobre las tecnologías visuales de cine, fotografía, televisión y video; sobre los medios comerciales como propaganda, caricaturas y revistas; sobre géneros populares de libros (romances, novelas góticas, sagas familiares, ficción criminal), televisión (telenovelas, series de detectives, ciencia ficción, melodrama); sobre el crecimiento de nuevas economías consumistas, particularmente en las industrias de entretenimiento másivo, pero también afectando la alimentación, la moda y el vestido, el trabajo doméstico en las casas, los pasatiempos, y toda clase de estilos de vida; y al final pero no menos importante, sobre sexualidades, tanto *mainstream* como disidente. Además, este trabajo está más y más organizado por la agenda política contemporánea alrededor de cuestiones de género, raza y

y el ascenso del “capitalismo imprenta”, además de las concepciones cambiantes del tiempo. En algunas de las discusiones del libro de Anderson, recientemente se ha desarrollado una tendencia muy simplificante al enfocarse demasiado en el capitalismo imprenta, y no tomar suficientemente en cuenta estos otros elementos claves, además es importante tener en mente la complejidad de su argumentación global.

⁵⁰ Ibid., p.6.

⁵¹ Ibid., p. 11.

⁵² Berlant, *Anatomy of National Fantasy*, p. 20

sexualidad, llevando a las r toricas normativas de diferencia, diversidad y multiculturalismo a una potente dominaci3n prática del campo.

Existen tal vez dos aspectos de este giro a la cultura popular que merecen nuestra atenci3n aquí. Por un lado, extiende el análisis de las políticas nacionales del modelo básicamente literario de * ffentlichkeit* (la esfera pública) en el relato clásico de Habermas a las muy distintas circunstancias del Siglo XX y su estructura de los medios de comunicaci3n masivos de la comunicaci3n pública. El ascenso de diarios baratos de circulaci3n m siva y las literaturas sensacionalistas; la centralidad del cine, la radio y la televisi3n; la revoluci3n del transporte y las comunicaciones orales vía autom3vil, el tránsito másivo y el teléfono (sin hablar de las tecnologías de finales del Siglo XX de la comunicaci3n electr3nica); y la circulaci3n m siva de bienes de consumo – todos estos desarrollos transforman la relaci3n de lo local con lo nacional, y las modalidades de la identificaci3n colectiva dentro de una esfera pública.

Por otro lado, la validaci3n de los estudios culturales de la cultura popular como un objeto de análisis – tomándolo en serio, como manifestaci3n de necesidades y aspiraciones reales, y como algo para ser decodificado de manera imaginativa en ese sentido, no obstante lo aparentemente trivial del contenido – abre de nuevo un viejo debate respecto al valor de la cultura “alta” y “baja” y los posibles significados para “las masas”. Esto no s3lo permite nuevas lecturas de los textos populares, profundizando en esta última con disposici3n para explorar el funcionamiento de su atracci3n, y reclamando “el placer” y “el deseo” como categorías de comprensi3n política. También subraya las maneras en que las culturas nacionales están construidas de manera discursiva alrededor de sistemas de distinción negativa, donde la positividad de la naci3n presume la existencia de una variedad de “Otros” no asimilados (o donde la asimilaci3n no es posible) – sea esto externo, en la representaci3n colonialista de los pueblos no occidentales por medio de construcciones racializadas de superioridad cultural, o clase. Los estudios culturales han permitido una comprensi3n mucho más rica de esta dialéctica de la auto-identificaci3n nacional, o del reconocimiento y desaprobaci3n, que marcan el cuerpo imaginario de la naci3n en su disfraz masificado del Siglo XX.

En cada una de esas regiones de análisis – sean los dominios gentiles de una cultura nacional oficialmente ratificada, o las producciones duras y vulgares de la masa objetificada y despreciada – el género es un término te3rico indispensable. Aunque esta figura formalmente aquí, como nuestro quinto punto, propiamente pertenece a una dimensi3n de todos ellos. En el sentido más común, invariablemente la naci3n ha sido imaginada por medio de metáforas de familia, y de esa manera ha replicado el patriarcalismo de las formas familiares convencionales. En una cadena de asociaci3n común, por ejemplo, las mujeres podrían ser las madres de la naci3n, reproduciendo su futuro biol3gico, nutriendo la pr3xima generaci3n, y enseñando “la lengua materna”, pero como reproductores y no como productoras, exaltadas y veneradas como objetos de protecci3n, pero no como agentes propios.

Las ansiedades sobre la salud de la nación, o su futuro demográfico y eficiencias productivas, o la estabilidad del tejido social, normalmente se traducen en políticas dirigidas o en contra de hombres y mujeres, por medio de sistemas de bienestar social para las madres y los niños, la retórica de los valores de la familia, o por las ofensivas políticas alrededor de la salud reproductiva, la regulación de la sexualidad, o el control directo sobre los cuerpos de las mujeres.

El maternalismo ha sido una formación poderosa y discursiva recurrente en este sentido, especificando las formas de la intervención de bienestar social del Estado, condensando las ambiciones políticas pragmáticas, resonando con las aspiraciones y ansiedades populares, y trabajando con o en contra de concepciones rivales de ciudadanía. En los contextos del Siglo XX, especialmente, es imposible discutir el nacionalismo sin encontrar esta dimensión explícita y sistemática del género.⁵³

En este contexto, *la mujer* es un término por lo menos positivo del patrimonio nacional, aunque sea en un sentido desempoderante y subordinado. En otras situaciones de crisis, sin embargo, lo femenino se sataniza como corrupto y una amenaza. Las construcciones misoginistas del público urbano másivo como peligrosamente femenino son instancias de difusión de estos discursos, orquestando ansiedades que son fáciles y brutalmente magnificadas durante tiempos de estrés social, desorden, insurgencia revolucionaria o derrota en la guerra. Como nos recuerdan las violaciones masivas de mujeres de Bosnia en la guerra civil pos-yugoslava, la ejecución de violencia sobre los cuerpos de mujeres también puede ser un acto nacional.⁵⁴

⁵³ Véase aquí Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity and Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States, 1880-1950s* (London: Routledge, 1991); y Seth Koven y Sonya Michel (eds.), *Mothers of a New World: Maternalist Politics and the Origins of Welfare States* (London: Routledge, 1993). Weimar y Alemania Nazi nos proveen de un contexto bastante rico para la exploración de estas relaciones. Véase Renate Bridenthal, Atina Grossman y Marion Kaplan (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany* (New York: Monthly Review Press, 1984); Atina Grossmann, *Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform, 1920 to 1950* (New York: Oxford University Press, 1995); Cornelia Usborne, *The Politics of the Body in Weimar Germany: Women's Reproductive Rights and Duties* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1992); y Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family, and Nazi Politics* (New York: St. Martin's Press, 1987). La literatura más amplia es enorme, pero para Francia, véase Karen Offen, "Depopulation, Nationalism, and Feminism in Fin de Siècle France," *American Historical Review*, 89 (1984), p. 648-76; y Jane Jensen, "Gender and Reproduction or Babies and the State," *Studies in Political Economy*, 20 (1986), p. 9-46. Para Inglaterra: Anna Davin, "Imperialism and Motherhood," *History Workshop Journal*, 5 (1978), p. 9-65; y Susan Pedersen, "Gender, Welfare, and Citizenship in Britain during the Second World War," *American Historical Review*, 95 (1990), p. 983-1006.

⁵⁴ Véase especialmente Klaus Theweleit, *Male Fantasies*, 2 vols. (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987, 1989); George L. Mosse, *Nationalism and Sexuality: Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe* (Madison: University of Wisconsin Press, 1985); Andrew Parker et al. (eds.), *Nationalisms and Sexualities* (New York:

Pertenencia a la nación es, por lo tanto, una facultad muy relacionada con el género. Ahora resulta ser una crítica feminista común que el pensamiento político moderno contenga estas parcialidades, y no menos en el doble contexto de la Época Ilustrada y la Revolución Francesa, en donde muchos de los elementos claves del discurso democrático nacieron. Esta coyuntura fundacional de la comprensión política moderna, la cual también hemos identificado con los orígenes del discurso sobre la nación, fue en sí misma disparada por los órdenes binarios de supuestos – algunos recién concebidos, algunos recompuestos– sobre la mujer y el hombre, los cuales encontraron sus caminos en las constituciones, códigos legales y movilizaciones políticas, pero también en el alto discurso filosófico alrededor de los universales de razón, la ley y la naturaleza, basando este tipo de discurso en un sistema construido ideológicamente de las diferencias de género.

En la manifestación más obvia, esto se tradujo en la exclusión de la mujer de la ciudadanía, preeminentemente por la falta de derechos políticos, pero más extensivamente en un repertorio de silencios e incapacidades, los cuales las prohibieron de la propiedad, la educación, la profesión y la política – todas aquellas posibilidades que calificaron a los hombres para los papeles de la esfera pública. No fue hasta el segundo cuarto del Siglo XX y de hecho después, que a las mujeres les fue permitida la entrada formal al proceso político en gran parte del mundo.

Si los términos fundamentales de la identidad social y política modernas – de clase, ciudadanía, raza, nación, religión, la misma categoría del ser – han sido constituidos de supuestos dicotómicos sobre lo que significa ser mujer o hombre, aunque las definiciones jurídicas de ciudadanía y de lo personal conceden la igualdad formal o no, entonces las dos consecuencias importantes para nuestra comprensión del nacionalismo siguen. Por un lado, por fin necesitamos considerar las dimensiones y significados de género del discurso nacional de manera más seria, pues esto sigue siendo una ausencia asombrosa en la mayoría de la literatura académica, sea general o particular. El aspecto de género de las relaciones internacionales, de militarismo, y de los movimientos formalmente nacionalistas; las dialécticas sutiles, complejas y disfrazadas de feminismo y masculinismo en la construcción de la identidad nacional; la relación entre las políticas de sexualidad y el discurso de pertenecer en la nación; el campo de reciprocidad entre los lenguajes de maternidad, familia y domesticidad, y aquellas de participación dentro de la esfera pública de la nación – todos estos requieren un reconocimiento explícito.

Además, las mujeres no están necesariamente ausentes de la escena de la imponente nacionalista, sino que figuran como agentes importantes de segundo rango – como “las amantes” de los conquistadores, víctimas de violaciones

Routledge, 1992); y Judith R. Walkowitz, *City of Dreadful Delight: Narratives of Sexual Danger in Late-Victorian London* (Chicago: University of Chicago Press, 1992).

durante las guerras, prostitutas de los militares, heroínas cinematográficas de los soldados, modelos exhibidas en afiches,” y, por supuesto, como trabajadoras, esposas, novias e hijas esperando en la casa como es su deber – y esta estructura de significados también necesita ser desempacada.⁵⁵ Pero si el discurso nacionalista silencia y marginaliza a las mujeres de los roles públicos, entonces tenemos que mirar hacia otros lados por la presencia y la voz femeninas, en la familia y en la casa, en la educación de los niños, en los espacios de la cotidianidad – en todos aquellos espacios que Berlant contrapone como “lo local” al marco nacional de ciudadanía y poder abstractos.⁵⁶ Es este dominio de una práctica apolítica pero sumamente política que los estudios culturales, con su énfasis en la cultura y representación popular, se ha vuelto excepcionalmente valioso en abordar.

El territorio definicional que hemos empezado a esbozar en esta introducción tiende a enfocarse en la positividad del nacionalismo, particularmente en su relación con los valores de la tradición ilustrada y, como estamos viendo ahora, esto deja vulnerable a las ahora conocidas críticas posteriores que provienen de una variedad de posiciones pos-estructuralistas, pos-modernistas, feministas y pos-coloniales. Como hemos reconocido con nuestros comentarios sobre género, la teoría política de la Época Ilustrada fue fundada en una de sus dimensiones sobre silencios y omisiones sistemáticos. Es decir, los momentos fundacionales del avance democrático se volvieron predicado en el género de las capacidades políticas, en la calificación social y la limitación de ciudadanía, y en la dominación y explotación de algunos pueblos sobre otros. Los mejoramientos sociales y los bienes culturales (que también son metas del nacionalismo) involucraron privilegios y exclusiones similares, las cuales tal vez posibilitaron el sueño de una vida mejor en el mundo, pero como resultado del dolor del otro. En las tradiciones ilustradas de Europa, vemos ahora, ciertas construcciones de valor, intervención e interés fueron logradas a expensa de otros.

Este es el sexto de nuestros puntos. El Eurocentrismo de la discusión tiene que ser subrayado, porque el imperialismo y el colonialismo como un grupo de relaciones de poder y de explotación fueron inscritos en la tradición ilustrada desde el principio. Este es el lado oscuro de las políticas nacionalistas de ciudadanía y empoderamiento, las cuales normalmente presumieron la pérdida de los derechos políticos y la expropiación en otros lados. Desde el punto de vista de un historiador europeo, es especialmente vital ver como la superidad social producida en las colonias y el mundo extra-europeo subordinado se reinsertó en forma poderosa dentro del marco metropolitano europeo. “El conocimiento colonial” en este sentido, tuvo una influencia crucial en la estructura de las políticas nacionalistas dentro de Europa.

⁵⁵ Cynthia Enloe, *The Morning After: Sexual Politics at the End of the Cold War* (Berkeley: University of California Press, 1993), p. 245.

⁵⁶ Véase por ejemplo, Berlant, *Anatomy of National Fantasy*, p. 216 f.

Las formas de la representación colonial en la literatura, los museos y las exhibiciones, el entretenimiento y la cultura popular, han resultado ser campos de investigación especialmente útiles en este sentido. La influencia del género dentro de la identidad nacional, aunque en el militarismo o en guerra per se, o en el ordenamiento general de las representaciones nacionalistas alrededor de conceptos de masculinidad y feminidad también tenían raíces colonialistas claves – como, por ejemplo, en las discusiones alrededor del endogamia colonial, las cuales generaron cuerpos complicados de discurso en torno a las desigualdades de género, el privilegio sexual, las prioridades de clase y la superioridad racial, los cuales, por su parte, se rearticulaban de manera potente en el discurso nacionalista en casa.⁵⁷

Además, aunque la dialéctica compleja entre Europa y sus Otros ha sido constitutivo para la experiencia de nacionalidad desde finales del Siglo XVIII, estas relaciones también han sido replicadas dentro de Europa – entre las culturas metropolitanas y periféricas, entre el campo y la ciudad, entre culturas altas y bajas, entre las nacionalidades dominantes y subordinadas (“naciones históricas” y “pueblos sin historia”), entre el Oeste y el Este. Esta sensibilidad a los códigos negativos del nacionalismo, hasta las maneras en que aún los imaginarios más generosos e incluso democráticos incluyen procesos de posicionamiento protector y de exclusión en contra de los otros, muchas veces extraordinariamente sutil, pero inclusive por supuesto las formas más violentas de dominio colonial directo, es uno de los logros más importantes de las últimas dos décadas.⁵⁸ Además, al colonizar el mundo, las naciones metropolitanas también crearon una hegemonía de posibles significados. Aún lo más auto-conciente y más radical de los nacionalismos opositivos, coloniales o minoritarios construyen sus exigencias emancipatorias desde la base de una identidad que el poder colonial ya ha establecido.

Desde sus propios puntos de vista y experiencias particulares con el colonialismo, anti-colonialismo nacionalista, marxismo y la desilusión pos-colonial, los académicos desde afuera de Europa han hecho importantes avances en dos

⁵⁷ Véase Lora Wildenthal, “ ‘She Is the Victor’: Bourgeois Women, Nationalist Identities, and the Ideal of the Independent Woman Farmer in German Southwest Africa,” *Social Analysis*, 33 (1993), p. 69-88; y el trabajo de Anne L. Stoler, “Rethinking Colonial Categories: European Communities and the Boundaries of Rule,” en Nicholas B. Dirks (ed.), *Colonialism and Culture* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1992), p. 319-52, y “Sexual Affronts and Racial Frontiers,” en este volumen.

⁵⁸ Esta discusión comienza con Edward Said, *Orientalism* (New York: Pantheon, 1978). Más recientemente, véase Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturalism* (London: Routledge, 1992); Dirks (ed.), *Colonialism and Culture*; Gyan Prakash (ed.), *After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements* (Princeton N.J.: Princeton University Press, 1995); idem, “Subaltern Studies as Postcolonial Criticism”, *American Historical Review*, 99 (1994), p. 1475-90; Florencia E. Mallon, “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History,” *ibid.*, p. 1491-1515; y Frederick Cooper, “Conflict and Connection: Rethinking Colonial African History,” *ibid.* p. 1516-45.

direcciones. Primero, han insistido en que las voces de los subalternos (aquí, prestando un término de Gramsci) sean escuchadas, aún cuando su aprecio por el poder de los discursos de los élites parece silenciar aquellas voces. Saliendo del marxismo de la India, con relaciones al ala maoísta del movimiento, el Subaltern Studies Group cuestionó la comprensión de los movimientos campesinos de los partidos comunistas establecidos y los académicos nacionalistas. Los historiadores como Ranajit Guha y los científicos políticos como Partha Chatterjee intentaron reinterpretar la historia de Asia del Sur desde la posición de las estructuras dominantes y los discursos en donde los subalternos fueron forzados a operar, particularmente el nacionalismo y el colonialismo.

Esta segunda dirección, la exploración de los discursos dominantes y las maneras en que podrían ser re-trabajados, llevó a Chatterjee a mirar las maneras en que “el conocimiento se convierte en los métodos para dominar el mundo.” Las ideas occidentales de racionalidad, argumentó, relegan a las culturas no occidentales “a la oscuridad del tradicionalismo no científico.” Asimismo, la aproximación relativista, que mantiene que cada cultura es única y autónoma, depende de una noción esencialista de la cultura que excluye una comprensión desde afuera. Ambos puntos de vista están enraizados en las relaciones de poder, pero el nacionalismo colonial dirigió la palabra tanto a los poderes coloniales como al pueblo en un intento creativo de forjar un nuevo “bloque histórico” para una “revolución pasiva” en contra del poder hegemónico. El nacionalismo en el mundo colonial prestó ciertas ideas del nacionalismo europeo, aún cuando empleaban sus esfuerzos para liberarse del discurso racionalista de los colonizadores. Sin liberarse completamente de la estructura del poder del imperialismo, los nacionalistas coloniales, sin embargo, adaptaron el discurso para encuadrarse con sus propios requisitos, eventualmente utilizando aún al nacionalismo como una nueva forma de ideología del Estado.

Chatterjee también lanza la pregunta, ¿si los nacionalistas tienen que escoger sus “comunidades imaginadas” de los modelos europeos, como mantiene Benedict Anderson, qué más tienen que imaginar? ¿Es el mundo pos-colonial sólo el consumidor de la modernidad? Chatterjee responde que el nacionalismo pos-colonial, de hecho, ha estado basado no en una *identidad* con las formas “modulares” que propone Anderson, sino en una *diferencia* con el Occidente moderno. El nacionalismo colonial creó su propio dominio de soberanía dentro de la sociedad colonial aún antes de comenzar su lucha con el poder imperial al dividir el mundo en dominios materiales y espirituales. Mientras concedió que el Occidente dominaba la esfera material, reivindicó la espiritual, el espacio donde se encuentran los marcadores esenciales donde la identidad cultural fue fundada como propia. Aunque esta separación de lo material y lo espiritual entre el Occidente y el Oriente puede aparecer como una reaplicación de las dicotomías orientalistas, Chatterjee ve la distinción como el empoderamiento del nacionalismo

pos-colonial, el cual tomó el dominio espiritual y no permitió que el poder imperial penetrara su mundo interno.⁵⁹

Esta referencia a la hegemonía nos lleva a nuestro séptimo y final punto importante, lo cual tiene que ver con las formas contestatarias dentro del marco dominante del nacionalismo. Terminamos la sección anterior de esta introducción subrayando la importancia de la transición hacia nación, y esta tercer sección, explora algunas de las maneras en que la nacionalidad o el ser nación – las modalidades complejas, concientes, no habladas e inescapables del “ser nacional” – provee la corriente genérica de la formación de la identidad política en las condiciones públicas y cotidianas del Siglo XX. Votar para excluir a migrantes de los beneficios de bienestar social no es tan sutil pero una manera bastante cruel de definir quién y quién no pertenece a la comunidad nacional. Somos “nacionales” cuando votamos, cuando vemos las noticias nocturnas, seguimos el deporte nacional, observamos (apenas dándonos cuenta) las iconografías repetidas de paisaje e historia en los anuncios de la televisión, bebemos del archivo visual de referencia y citación en las películas, y definimos la nación día tras día en nuestras políticas. Como dice Berlant, este es el tipo de cosa que implica la atribución de un “ ‘carácter’ nacional común”, en donde “los sujetos nacionales están enseñados a valorar ciertas señales e historias abstractas como parte de su relación intrínseca con ellos mismos, con todos los “ciudadanos” y con el terreno nacional.” Esta es la formación y la operación del “Simbólico Nacional”:

... el orden de las prácticas discursivas cuyo reino dentro de un espacio nacional produce, y también se refiere a la “ley”, en donde el accidente del nacimiento dentro de límites geográficos y políticas transforma los individuos en sujetos de una historia compartida colectivamente. Sus íconos tradicionales, sus metáforas, sus héroes, sus rituales y sus narrativas, proveen un alfabeto para la conciencia colectiva de la subjetividad nacional; por medio del Simbólico Nacional, la nación aspira a lograr la inevitabilidad del estatus de la ley natural, un derecho de nacimiento.⁶⁰

En el uso de Berlant, esto describe “el espacio *político* de la nación”, lo cual es un “racimo enredado” de atributos – jurídico, territorio (*jus soli*), genético (*jus sanguinis*), lingüístico o experimental.” Mientras que “la ley domina el campo de ciudadanía, construyendo las definiciones técnicas de los derechos, deberes y obligaciones,” el Simbólico Nacional busca algo más: “vincular la regulación al deseo, aparajar el afecto a la vida política por medio de la producción de la “fantasia nacional.” Esto es cómo funciona la idea de nación, configurando un paisaje de complacencia y promesa, incitando memorias de ciudadanía, pero llevando sus reivindicaciones y exigencias hacia los lugares íntimos y cotidianos de la vida ordinaria: “Por fantasía quiero indicar cómo la cultura nacional se vuelve

⁵⁹ Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse* (London: Zed Books, 1986); idem, *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1993).

⁶⁰ Berlant, *Anatomy of National Fantasy*, p. 20.

local – por las imágenes, narrativas, monumentos y sitios que circulan por la conciencia personal/colectiva.”⁶¹

Aún se podría decir mucho sobre este tema, sobre la construcción y lo contestario de hegemonías nacionales, utilizando materiales de un sinnúmero de lugares y literaturas. Los conflictos de la izquierda y la derecha son una parte clave para las bases cambiantes del discurso nacional en el Siglo XX, marcados por las expansiones y transformaciones de la esfera pública desde la década de 1890, y por la exaltación de la relación del Estado con la sociedad, resultado de dos guerras mundiales, con su relación compleja al engrandecimiento y regulación de la ciudadanía. Al principios del Siglo XX, encontramos un nuevo discurso de la “masa” (el ascenso de las masas, la sociedad de masas, la cultura de masas), en donde lo peligroso de los pueblos se vuelve patologizado vía un nuevo repertorio de ideologías – teorías de muchedumbre, teorías de degeneración, aserciones sobre la inteligencia popular, programas de eugenia y la ingeniería, teorías de raza, etc. – donde la salud nacional se convierte en un estilo de emergencia permanente.

Hablando políticamente, el ascenso los movimientos socialistas y sindicalistas, globalmente dramatizado por la Revolución Rusa y otras insurgencias populares después de 1917, de nuevo abrió la cuestión de la democracia en las comunidades nacionales, pero también provocó un nuevo discurso disciplinario del nacionalismo de la derecha, dentro de una relación complicada con lenguajes anteriores de libertad y la voluntad de los pueblos. Después de 1918, este campo de conflicto cambió los valores de las apelaciones nacionalistas en Estados-Naciones previamente formados, convirtiendo la autoridad del pueblo-como-nación en el referente común de legitimidad. El facismo y otras formas de los populistas de la extrema derecha han evacuado la democracia per se, es cierto, pero de otro modo las políticas derechistas han logrado reubicar el terreno formal de la soberanía popular. Asimismo, más y más el caso después de 1918, y especialmente desde 1945, la izquierda se reposicionó simultáneamente dentro del marco discursivo del Estado-Nación, lo cual no era algún desarrollo menor, dado el poder anterior del internacionalismo y los discursos de clase en la formación de los movimientos de izquierda (y su exclusión de la nación legítima por las clases dominantes).

Durante más o menos medio siglo, en los países capitalistas desarrollados, esta competición consensual de proyectos nacionales populares proveen formas de la inteligibilidad política que persuasivamente marginalizaron más desafíos radicales de la derecha y la izquierda. Pero desde los años 80, por diferentes motivos – la crisis y caída de la Unión Soviética y el socialismo del Estado, la disolución de la socialdemocracia en la pos-guerra y la síntesis keynesiana del Estado de Bienstar Social en el Occidente, la reestructuración capitalista vía la globalización y la transición pos-fordista, la reconfiguración de las soberanías nacionales vía regionalismos transnacionales como la Unión Europea, las bases

⁶¹ Ibid., p.5

sociales cambiantes de la política y el descenso de los partidos tradicionales de masas, el dominio de las culturales de entrenamiento comercial en la esfera pública, etc. – las rutinas confiables de la identidad colectiva organizada ya no están.

Cómo reconocemos las formas del Simbólico Nacional y su operación, en un ejercicio de análisis vía la plentitud de las aproximaciones de los estudios culturales disponibles hoy en día, tal vez aún está claro, cómo tomamos esto como base de acción, no tanto. En los Estados Unidos, por ejemplo, ahora existe una brecha desconcertante entre, por un lado, las formas de la desidentificación sub-cultural con la nacionalidad oficial, y la invención de alternativas localizadas posteriormente en el crecimiento molecular de los contra-públicos disidentes (afro-estadounidense, hispanos, feministas, gays-lesbianas, ambientalistas, etc.) y, por otro lado, la persistencia del proceso político nacional organizado por el Estado que obliga a la participación en práctica, si se quiere asegurar las protecciones legales, el acceso a los recursos, y aún la reforma ocasional; en otras palabras, una brecha “entre la política utopista de identidad, diferencia, dispersión y especificidad, y una agenda pluralista en el sentido liberal, que imagina “un hermoso mosaico” de diferencia sin un modelo de conflicto.”⁶² Mientras tanto, la Derecha Cristiana tiene sus propias formas de identificación las cuales quedan más y más intolerablemente centradas. La hegemonía de la idea de nación tiene su propio poder:

Pero el círculo de ideas dominantes sí acumula el poder simbólico para mapear o clasificar el mundo para los otros; sus clasificaciones adquieren no sólo el poder represivo del dominio sobre otros modos de pensamiento, sino también la autoridad inercial de hábito e instinto. Se convierte en el horizonte de dar por supuesto: lo que es el mundo, y cómo funciona. Las ideas gobernantes pueden dominar otros conceptos del mundo social, al poner el límite a lo que aparece como racional, razonable, creíble, de hecho lo que se puede decir y pensar, dentro de los vocabularios establecidos de motivo y acción que nos están disponibles. Su dominio reside precisamente en el poder que tienen para contenerlos dentro de sus límites, establecer su circunferencia de pensamiento, razón y calculación de otros grupos sociales.⁶³

⁶² Lauren Berlant y Elizabeth Freeman, “Queer Nationality,” en Michael Warner (ed.), *Fear of a Queer Planet: Queer Politics and Social Theory* (Minneapolis: University of Minnesota, 1993), p.197

⁶³ Stuart Hall, “The Toad in the Garden: Thatcherism among the Theorists,” en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture* (Urbana: University of Illinois Press, 1988), p.44. Para una brillante reflexión sobre el asunto de la identidad desde una perspectiva parecida, véase Stuart Hall, “Cultural Identity and Diaspora,” en Jonathan Rutherford (ed.), *Identity: Community, Culture, Difference* (London: Lawrence and Wishart, 1990), p. 222-37. Véase también David Forgacs, “National-Popular: Genealogy of a Concept,” en *Formations of Nation and People* (London: Routledge, 1984), p.83-98.

En un mundo que cambia rápidamente y más y más imposible de conocer, la nación es un refugio, un lugar para estar en casa con uno mismo y sus hijos. Esta inclusión conservadora refleja el temor al otro, lo ajeno, y el intrusor inmigrante. Aquí la identidad revela su verdadero poder. Como explica Stuart Hall, la identidad es “una garantía de que el mundo no está deshaciéndose tan rápido como a veces parece. Para el nacionalista o el racista, la identidad es un hecho, algo estable y predecible, desde donde todo tipo de información puede ser recopilado como sentido común. La comprensión racial, basada en la noción de que las características somáticas, color de piel o tamaño de nariz, son señales externas de calidades interiores como la inteligencia, la moralidad, las habilidades económicas o la proeza sexual, busca una estabilidad elusiva e ilusoria. Pero para la crítica del racismo o el esencialismo nacional o feminista, las identidades están aceptadas como relacionales, en lugar de absolutas y fijas, siempre existiendo dentro del discurso como las historias que son contadas sobre uno mismo. Construida en la historia y fatalmente dependiente de la diferencia, la identidad nos provee de un lugar provisional desde donde podemos hablar.

Ser nacional es la condición de nuestros tiempos, aún mientras la nación está pegada al ascenso sub-nacional de las reivindicaciones locales, regionales y étnicas, y las amenazas transnacionales de la globalización, la cultura hegemónica de los Estados Unidos, la migración, la situación de diáspora y las nuevas formas de comunidad política. De cierta manera, el nacionalismo, como el racismo, se convierte en la cubierta protectora necesaria para resistir las transformaciones fuera de control de nuestro tiempo. En otra, el nacionalismo y la pertenencia a la nación pueden resultar en una “recuperación cultural” que potencialmente podría llevarse –no hacia una política de sangre– pero a la aceptación, o aún la celebración, de la diferencia.